

# LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica, 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1587

Valores y giros a A. Barrera

## INDIVIDUALISMO Y LIBERTAD

La sociedad capitalista se basa en el individualismo. Parecería esto una paradoja. Si es sociedad — asociación de hombres que persiguen un mismo fin y defienden idénticos intereses —, ¿cómo puede primar en ese concepto de la vida humana, en esa realidad de la naturaleza que obliga al hombre a buscar la cooperación de sus semejantes, el torpe egoísmo y el positivista orgullo de los individualistas?

Dejando aparte las teorizaciones y especulaciones filosóficas sobre el "yo", descartando las escuelas del individualismo de los "superhombres" y la manía literaria de los discípulos de Nietzsche y Stirner, debemos buscar en la realidad social la explicación de ese fenómeno. La burguesía es individualista hasta en sus relaciones económicas con la masa productora y consumidora. Realiza prácticamente una labor que se supone de beneficio colectivo, forma grandes compañías industriales y comerciales y simula acatamiento al poder emanado de la soberanía popular. Pero su utilitarismo está por encima de todo: sacrifica a su interés exclusivo la salud y la vida del pueblo trabajador.

En realidad el individualismo literario o filosófico, aún cuando se le aplique el denominativo anarquista, concreta esa tendencia egoísta del capitalismo. Cada individualista se cree un ser superior, un predestinado a realizar grandes cosas. El torpe orgullo cierra los ojos y perturba la razón a esos hombres que miran, desde un ventanuco abierto en las nubes de su fantasía, a la masa que sufre, que lucha y que realiza a costa de infinitos dolores todas las grandes obras y to las las supremas conquistas. ¿Y qué pensar de los que por desprecio a la chusma vil, justifican todos los excesos del poder y hasta pretenden buscar un origen divino a la esclavitud? ¿Y qué de los que, alegando motivos de superioridad intelectual, reclaman una casta de genios — de superhombres — para que gobiernen a los pueblos y conduzcan a la humanidad de acuerdo con los preceptos y leyes que establece esa aristocracia del talento?

El espécimen más acabado de individualismo literario, al menos en este país, lo tenemos en don Leopoldo Lugones. Intelectualmente, Lugones es una mediocridad. Es un tropicalista de la literatura y un burgador de filosofías pasadas de moda. Pontificó en los cafés, allá por los años de su mocedad: fué revolucionario de cenáculo. Pero hoy se arrepiente de haber escrito sus furibundos libelos contra la burguesía, el Estado, la patria y la ley. El indivi-

idualismo lo ha llevado al otro extremo de la cuestión social: al fascismo, que concibe como una tentativa de selección: . . . de los fuertes y como un ensayo de gobierno individualista.

Para los individualistas no puede haber más que una libertad: la propia. La justicia, el derecho, los ideales que hacen del hombre una entidad pensante y de la sociedad un conjunto de seres que buscan en el

te que su fé individualista se aviene a todos los despotismos y brutalidades de la dictadura fascista. "Yo no hallo disminuida mi libertad en lo más mínimo. Nadie me ha pedido que limite ni mi mente ni mi corazón. El Partido Fascista es el único que supo llamarme, sin pedirme que vistiese uniforme. La libertad de contribuir al bien público es para mí la mayor de las libertades", dijo Sem Benelli.



¡Para agarrar estos chorizos, no es cuestión de uñas y hambre, señores gatos!

mutuo respeto la razón de su existencia, son denominativos que nada dicen a su "yo". De ahí que no conciben la solidaridad y sólo confían al egoísmo la tarea de realizar la supremía conquista de los hombres selectos: su dominación sobre la chusma miserable condenada a eterna esclavitud.

Un individualista de la literatura, Sem Benelli, considerado en Italia una autoridad en tramoyas y "lances", teatrales, declaró, rejiestamente

delevarse o aproximarse al superhombre.

Sem Benelli lo dice bien claramente:

"Para mí, como individualista y como apóstol de mi propia obra, el nuevo individualismo fascista ofrece una alta moral en sí y por sí. Este juvenil movimiento es tenaz. Es uno de esos movimientos que tienden a acelerar, en la política y en la vida social, los triunfos de los hombres sobre los hombres, los triunfos de las mayores fuerzas individuales sobre las mínimas fuerzas colectivas. Últimamente el hombre se hallaba aplastado bajo el peso de la masa, que, muy curiosamente, recibía el nombre de humanidad, y que comenzaba por repudiar al hombre individual en nombre de los derechos de la masa, de tal modo que había renunciado a su misión, olvidando la fe que había puesto en sus ideales personales.

"El fascismo — continúa diciendo, ese soberbio hombrecito — ha iniciado la liberación del hombre de esta tiranía insoportable. Ese es su gran mérito. El movimiento fascista, promovido por ex-combatientes, es, en substancia, un movimiento revolucionario, aunque se celebre en estas elecciones. Yo creo en la eficacia de este espíritu transformador, en esta fuerza dinámica que no se limita ni se amolda al estrecho marco de los programas. Es más bien, por esto que me siento habilitado para seguirle y para contribuir a su buen éxito. Si jugase con las viejas formulas o reanudase los antiguos sistemas, yo no estaría con él."

Del fascismo sólo le interesa a Sem Benelli el triunfo de una dictadura personal. La contrarrevolución fué obra de masas, de chusma, ya que los camisas negras constituyen la liez social; el residuo de todos los partidos políticos y los desperdicios del proletariado. Aún en el caso de que Mussolini fuera un superhombre y su gobierno representara a la aristocracia del talento, puede el fascismo eludir su origen plebeyo y su naturaleza clasista? En Italia triunfó esa misma masa que aplasta a la individualidad y acogota al hombre. Pero Sem Benelli, individualista burgués, confunde los términos y supone que en la "evolución fascista" se ha operado un vuelco de todos los valores sociales en el caletre de Mussolini y demás lacayos del capitalismo.

El mismo Sem Benelli, cediendo a la tentación de rodear de ideales humanitarios y de sentimientos justiceros la vulgar contienda del fascismo, dice:

"Sobre todo no podía defender la Italia, a la verdadera Italia italiana, que sólo pedía orden, armonía, libertad para reconstruir su libertad. El Estado no podía defender a esta Italia, e Italia entonces se defendió contra el Estado, contra los políticos y nació así el movimiento fascista, que desde el principio no fué sino la unión de todos en una defensa desesperada de nuestro país contra la invasión traviesa de los políticos. Y el dueño supremo del fascismo será el gobierno en sus manos".

La Nación, el Estado, la patria, son conceptos colectivos, de masas, o de chusma. Defender la Italia italiana, aunque sea a cualquier gobierno, significa perseguir un fin colectivo, o hacer al menos una declaración, que

# Pedro Kropotkin JUSTICIA Y MORALIDAD

## PROLOGO DEL AUTOR

La conferencia "Justicia y Moralidad" la pronuncié primeramente en la Fraternidad anatólica de Manchester ante un auditorio compuesto en su mayor parte de obreros y de personas que tomaban parte en el movimiento obrero. En esta conferencia eran dadas los dominios de invierno importantes conferencias. Atendiendo a una exposición objetiva, se podían investigar ante su concurrencia los más serios problemas.

La fecha exacta en que pronuncié esta conferencia no la puedo fijar. Sólo sé que fué poco después de haber dado en la Universidad de Oxford una lección en 1888 el famoso darwinista profesor Huxley, — el propagandista principal de las ideas darwinianas, — en la que asombró a todos sus amigos porque les demostró, al contrario que Darwin, que la moralidad no puede tener un origen natural en el hombre; que la naturaleza del hombre sólo enseña la maldad.

La lección de Huxley, publicada en el número de febrero de la revista "Nineteenth Century" y que poco después apareció como folleto, provocó el asombro general, y la impresión despertada persistió aún cuando preparaba mi conferencia sobre el origen natural de la moralidad.

Dos o tres años más tarde repetí esta conferencia en la sociedad ética londinense, ampliándola algo en la parte en que me refería a la justicia.

Puesto que he conservado los conceptos expresados escritos en inglés, y en parte el texto hablado de la conferencia, como los complementos que añadí para la repetición en la sociedad ética londinense, traduje la conferencia al ruso, y la doy a la publicidad.

En los últimos treinta años me he dedicado cada vez más, aunque con interrupciones, a las doctrinas sobre moral, y podría haber desarrollado más algunos de los conceptos aquí expresados, pero me decidí a conservar la redacción de la conferencia tal como la pronuncié

teóricamente se encamina a ese objetivo social. Mussolini debió invocar a la nación, a la patria y al pueblo para reclutar sus parciales en la chusma. Y sólo realizó el individualismo en el momento de subir al poder.

Para la burguesía el fascismo es una valla opuesta al avance de la revolución. Pero el capitalismo sabe que no está completamente libre de las imposiciones de la chusma. El señor Sem Benelli, escritor de tramas e intrigas teatrales, puede considerarse un hombre libre... Nadie le pedirá que limite su libertad o que piense de distinto modo. Mas ¿acaso es ese escritor algo necesario para la vida del pueblo italiano? Representa un ideal que merezca ser reprimido por los que tienen el poder en sus manos y temen por el usufructo de sus privilegios substraídos a la actividad?

Sem Benelli, como Lugones y otros individualistas literarios, puede yantar tranquilamente y escribir montañas de papel. Y no sólo el fascismo, que también el socialismo o el bolcheviquismo, pueden garantizar el individualismo de esos cultores de la superhombres y conscientes aliados de todos los tiranos y explotadores del pueblo.

ante el auditorio anatólico, y solo he agregado lo que escribí para la conferencia de la sociedad ética.

P. K.

Dmitroff, enero de 1919.

Amigos y camaradas!

Al elegir como objeto de nuestra conversación la justicia y la moralidad, no tuve intención, naturalmente, de daros un sermón moral. Mi propósito es muy distinto. Quisiera investigar ante vosotros cómo se comienza ahora a explicar el desenvolvimiento de los conceptos éticos de la humanidad, sus orígenes verdaderos, su crecimiento paulatino, y señalarlos lo que puede ser de utilidad para su evolución.

Tal investigación es particularmente necesaria ahora. Vosotros mismos sentís que vivimos en una época que exige algo nuevo en la estructura de las relaciones sociales. La evolución rápida, tanto industrial como espiritual, que han experimentado los pueblos civilizados en los últimos años, hace impostergable la solución de importantes problemas.

Se siente la necesidad de asentar la vida sobre una base más justa. Y cuando madura tal necesidad en la sociedad se puede considerar como una regla que será inevitable investigar de nuevo los conceptos fundamentales de la moralidad.

Esto no puede ser de otro modo, porque el orden social que existe actualmente — sus instituciones, sus costumbres y sus usos — apoya sus propios conceptos de moralidad en la sociedad. Todo cambio esencial de las relaciones de las distintas capas sociales, está ligado a una modificación esencial de los conceptos éticos vigentes.

Considerad la vida de los pueblos que viven en diversos grados de cultura. Tomad por ejemplo la vida de los actuales pueblos nómadas: los mogoles, tunguses, y aquellos que nosotros llamamos "salvajes". Entre ellos es una vergüenza matar una oveja y comer su carne sin invitar a participar en la comida a todos los habitantes de la colonia. Conozco esto por experiencia propia recogida en los viajes por las apartadas comarcas de Siberia, por la cordillera de Sayansk. O tomad los salvajes más pobres de África del sur, los hotentotes. Aún hace muy poco era tenido entre ellos por un crimen el que alguno comenzase en el bosque su comida sin gritar tres veces: "¿Hay tal vez alguno aquí que quiera compartir conmigo mi comida?". Hasta entre los salvajes más inferiores de la Patagonia hallé Darwin el siguiente rasgo: la más mínima cantidad de alimento que les daba era repartida de inmediato entre todos los presentes. Más aún, en el África septentrional y central existe el costumbre, como una ley, que si un nómada rehúsa a un caminante posado y éste sucumbe a consecuencia del frío o del hambre, la descendencia del muerto tiene derecho a perseguir al que ha negado la posada como a un asesino y a exigir de él una especie de expiación, como es usual en los casos de asesinato.

Tales y otros conceptos de moralidad se han formado en los pueblos primitivos. Entre nosotros esas costumbres han desaparecido desde que empezamos a vivir en Estados. En nuestras ciudades y aldeas los agentes de policía tienen el deber de recibir al transeúnte sin asilo y de llevarlo a la comisaría, a la prisión o a la casa del trabajo en caso de que el pobre esté amenazado de helarse en la calle. Cada uno de nosotros tiene derecho naturalmente a recibir un caminante; la ley no prohíbe, pero ninguno se considera comprometido a hacerlo. Y si así en una obscura noche de invierno me refugio en las calles de Ancoita de hambre o de frío un transeúnte sin hogar, no se le ocurrirá a sus parientes acusar de asesinato. Más aún, puede suceder que el caminante no posea familia, lo que es im-

posible en la naturaleza de la tribu, pues toda la descendencia es una familia. No quiero hacer aquí ninguna comparación entre la tribu y el Estado. Sólo deseo señalar que los conceptos morales del hombre se modifican de acuerdo al orden social en que vive. El orden social de un pueblo en una época determinada está asociado estrechamente a la moral dominante.

Por consiguiente es inevitable siempre, cuando se desarrolla la necesidad de modificar las relaciones entre los hombres de una sociedad, que surja una viva discusión sobre los problemas genéricos de la moral. Y en realidad sería extremadamente irreflexivo hablar de una transformación de un orden social sin pensar simultáneamente en la transformación de los puntos de vista sobre la moral imperante.

Propiamente los problemas de naturaleza ética constituyen el fundamento de todas nuestras discusiones sobre asuntos políticos y económicos. Tomemos por ejemplo un sabio economista que juzga el comunismo. "En la sociedad comunista — dice — ninguno trabajará porque ninguno se sentirá amenazado por el hambre". "¿Por qué no? — contesta el comunista — ¿no comprenderán los hombres que si cesaran de trabajar se produciría un hambre general? Todo dependerá del comunismo que se quiera introducir." Y en realidad, pensad cuánto comunismo ha sido establecido en la vida de las ciudades de Europa y en los Estados Unidos en forma de empedrado de las calles, iluminación, escuelas municipales, tranvías eléctricos, etc.

Ved, pues, cómo un problema puramente económico debe llevar a una consideración de la naturaleza ética del hombre. El problema es por tanto: ¿Es capaz el hombre de vivir en la sociedad comunista? Del dominio de la economía el problema es trasladado al dominio de la moralidad.

O tomad dos jefes políticos que se enfrenten sobre una innovación cualquiera de la vida social, por ejemplo sobre la doctrina de los anarquistas o de la transición de un Estado de la autocracia a la constitución democrática.

"Le prevengo — dice el defensor del poder absolutista — que comenzarán todos a robar en cuanto falte el freno que que mantenga el freno". — "Por consiguiente, responde el otro, ¿se convertiría usted en un ladrón sin el miedo a la cárcel?" Con esto el problema de la forma política de la sociedad se convierte también en un problema sobre el efecto de las instituciones dadas sobre la faz moral del hombre.

En la última época han aparecido no pocos trabajos sobre este problema extremadamente importante. Pero sólo quiero detenerme en uno de ellos, en la conferencia pronunciada hace poco por el famoso profesor Huxley en la Universidad de Oxford sobre el tema: "Evolución y moralidad". Se puede aprender mucho en ella, pues Huxley ha investigado hondamente en su lección el problema del origen de la moralidad (1). La conferencia de Huxley fué recibida por la prensa como una especie de manifiesto de los darwinianos y como un resumen científico

de los fundamentos de la moralidad y su origen. — un problema que ha ocupado a casi todos los pensadores desde la vieja Grecia a nuestros días.

La conferencia recibió una importancia especial, no porque exprese la opinión del famoso sabio y del más importante exponente de la teoría darwiniana, de la evolución, ni por el hecho de que fué pronunciada en una forma literaria tan perfecta que puede ser señalada como uno de los más hermosos trozos de la prosa inglesa, — la importancia especial de esa conferencia consiste en que desgraciadamente exterioriza los pensamientos más difundidos en las clases instruidas de la época, de tal modo que puede ser considerada como la profesión de fe de la mayoría de esas clases.

El pensamiento director de Huxley, al que se refirió siempre en su conferencia, fué el siguiente: Hay en el mundo dos especies de fenómenos, acontecen dos procesos: el proceso cósmico de la naturaleza y el ético, es decir el proceso moral que no se expresa más que en el hombre y sólo en un cierto estado de su desenvolvimiento.

El "proceso cósmico" — esto es la vida entera de la naturaleza, de los muertos y de los vivientes, inclusive las plantas, animales y hombres. Este proceso afirmó Huxley, no es otra cosa que una "lucha sangrienta con dientes y garras". Es la lucha desesperada por la existencia, que rechaza todos los factores éticos. "El padecimiento es el destino de la familia entera de los seres provistos de sensaciones" — constituye la parte esencial del proceso cósmico". Los métodos del tigre y del mono en la lucha por la existencia son los puros signos característicos de ese proceso. Hasta para la humanidad se han constituido "como los medios de lucha más apropiados la afirmación de sí mismo, la apropiación inescrupulosa de todo lo que se consigue agarrar, el mantenimiento obstinado de todo lo que se pudo apropiarse — lo cual forma la quintaesencia de la lucha por la existencia".

La enseñanza que recibimos de la naturaleza es por consiguiente "la enseñanza de la maldad orgánica". La naturaleza no puede ser calificada de amorosa, es decir, no se puede sostener que no conoce ninguna posición moral o respuesta a la interrogación moral. Es declaradamente inmoral. "La naturaleza cósmica no es de ningún modo una escuela de moralidad" (página 27 de la primera edición de la conferencia como folleto). Por consiguiente no se pueden crear de ninguna manera indicaciones de "que lo que llamamos bueno es preferido a lo que llamamos malo" (pág. 31). "La realización de lo que parece mejor desde el punto de vista ético, de lo que llamamos bueno y virtuoso nos obliga a un modo de obrar que bajo todo aspecto es opuesto al modo de obrar que lleva a la victoria en la lucha cósmica por la existencia" (pág. 33). Esta es, según Huxley, la única enseñanza que el hombre puede deducir de la vida, de la naturaleza.

Pero repetidamente, apenas se han unido los seres humanos en comunidades organizadas, aparece en ellos de una manera desconocida un "proceso ético", que sin duda alguna se opone a todo lo que la naturaleza le ha enseñado. El ob-

jetivo de ese proceso no es el mantenimiento de todos aquellos que se han adaptado más a las condiciones dadas, sino el mantenimiento de aquellos "que son mejores desde el punto de vista ético" (pág. 33). Este nuevo proceso de precedencia desconocida, pero que en todo caso no nace de la naturaleza, — comienza a obrar mediante leyes y costumbres (pág. 35). Es prólogo por nuestra civilización y de él se desarrolla nuestra moralidad.

Pero, ¿qué es lo que ha dado nacimiento a ese proceso?

No habría ninguna contestación a esa pregunta, aunque quisiéramos sostener con Hobbes (2) que los conceptos morales del hombre han sido aportados por los legisladores, pues Huxley afirma precisamente que los legisladores no podrían sacar observaciones de la naturaleza: un proceso ético no existe ni en la sociedad animal pre-humana ni entre los salvajes. De lo que se sigue, — si Huxley tiene razón, — que el proceso ético en el hombre no podría tener de ningún modo un origen natural. Como única aclaración posible de su aparición quedaría, pues, un origen sobrenatural. Si los hábitos morales, — benevolencia, amistad, apoyo mutuo, la represión personal de los estallidos de las pasiones y la abnegación, — no pudieran desarrollarse de ninguna manera en el período pre-humano o en las formas de los rebaños humanos primitivos, su origen no puede ser otro que sobrenatural, una inspiración divina.

Esta conclusión de un darwinista, el naturalista Huxley, sorprendió a todos

los que lo conocían como un agnóstico, es decir como un incrédulo. Pero la conclusión final era inevitable. Al afirmar Huxley que el hombre no podría crear bajo ninguna circunstancia de la vida de la naturaleza la doctrina de la moralidad, no quedaba otro remedio que reconocer el origen sobrenatural de la moral. Por eso publicó George Mevard, un católico respetuoso y al mismo tiempo un naturalista conocido, poco después de la aparición de la conferencia de Huxley, un artículo en el "Nineteenth Century", con el título: "La conversión de Huxley", en el que congratuló al autor por su vuelta a las doctrinas de la iglesia.

(Continuad)

(1) Poco después de haber sido pronunciada la conferencia fué publicada en la revista "Nineteenth Century" y unos meses más tarde, en el mismo año, apareció como folleto, completada con largas anotaciones. Esta conferencia está también en el libro de Huxley "Collected Essays", donde tiene una larga introducción y también en sus ensayos "Ethical and Political" en la edición barata de MacMillan, aparecida en 1903. En ruso apareció la conferencia en 1893 en la revista "Ruskaya Misl", pero sin las anotaciones mencionadas.

(2) Hobbes es un pensador inglés de tendencia extremadamente conservadora que comenzó a escribir poco después de la revolución inglesa de 1634-43.

## Wladimir Ilyitsch Ulyanof Lenin

Cuando leo los himnos de alabanza fúnebre con los cuales se han dirigido al muerto algunos de sus más irritados enemigos, acuden involuntariamente a mi memoria las palabras amonestatorias que empleó Angélica Balabanova frente a Clara Sheridan, la dama que esculpó bustos de Lenin, de Trotski y de otros jefes del bolchevismo. "¿Se le hubiera ocurrido cincelar hace tres años a Lenin — le preguntó Balabanova, — entonces, cuando el gobierno inglés lo anatematizaba como espía alemán? Lenin no ha hecho la revolución. La hizo el pueblo ruso. ¿Por qué no cinceló usted a las mujeres y a los hombres del pueblo obrero ruso, los verdaderos héroes de la revolución? ¿Por qué ese repentino interés por Lenin?"

Con Balabanova pregunto yo a los que sobrecargan ahora de alabanzas a Lenin, entre los cuales hasta se encuentran algunos mencheviques y social-revolucionarios: ¿Por qué esa repentina sibilancia? ¿Por qué ese extático estallido de homenajes para el hombre que ayer mismo era cubierto de anatemas? ¿Acontece esto en base a aquella endeble máxima que afirma que sólo se debe hablar bien de los muertos? ¿O acontece porque hoy es un signo de valor no ir contra la corriente del culto a los héroes? ¿O, en resumen, no es más que un efluvio de ordinario hipocresía? Esos escritores saben tan bien como lo sabía la Balabanova que Lenin no ha hecho la revolución. Más aún, que fué él quien puso un fin a la revolución. Paso a paso, desde el histórico "respiro", — desde la paz de Brest-Litovsk, — hasta marzo de 1921, cuando impuso a sus rebaños su nueva política económica, persiguió Lenin la tarea que se había propuesto, intentó llevar la revolución a la calma, castrarla, desnaturalizar sus fines, privarla de su contenido, de modo que de ella no quedó más que la vestimenta exterior, que debía servir como ornamento en las revistas de gala de la Tercera Internacional.

Esa tarea no era fácil. El pueblo ruso, que se arrojó con toda el alma en la revolución, tenía ardiente fe en sus fuerzas, en sus posibilidades, en su persistencia. Lenin era demasiado perspicaz para ponerse a ese entusiasmo general, a esa bendita fe. Al contrario, marcó con el dedo y se pronunció por las medidas más extremas. Pero el objetivo que perseguía era otro y se diferenciaba esencialmente de los objetivos que el pueblo anhelaba. Era el Estado marxista, — como él lo comprendía, — una máquina que in-

volucraba todo en sí, que lo absorbía todo, que todo lo destruía, y cuya palanca tenían Lenin y su partido en las manos. Esa divinidad fué bender por Lenin toda la vida.

Cuando la ola revolucionaria llevó a Lenin al poder, vió llegada su hora, la hora en que debía transformarse su sueño en realidad. ¿Qué le importaba que la revolución fuera a la debacle? ¿Qué significaba que Rusia se cubriera de escombros y de ruinas? De la sangre y las lágrimas de un gran devenir surgió el Estado marxista. La gloria de la obtención de ese artefacto correspondió exclusivamente a Lenin. Nadie trabajó más hábilmente ni con tan absoluta abnegación para ese objetivo que él. El porvenir, sin embargo, no dejará de apreciar justamente el carácter dudoso de esa gloria que incumbe al muerto jefe del bolchevismo; al leninismo, como llama hoy con orgullo el rebaño fanático de sus adeptos: la formación política autocrática que pesa gravemente sobre las espaldas de la esclavizada Rusia.

Los incensadores de Lenin lo llaman grande. Pero él no poseía seguramente la grandeza del espíritu y del corazón que constituyen las condiciones previas esenciales de toda grandeza verdadera y general. Lenin mismo habría llenado de vejaciones y de burlas a los que le atribuyen hoy tales cualidades "burguesas". Grandeza de espíritu, magnanimidad de corazón, comprensión y simpatía para un adversario eran rasgos que escapaban totalmente a este hombre, que, sin embargo, fué tan extraordinariamente humano en sus defectos y criminal en sus errores. Más de una vez se ofreció a Lenin la ocasión de revelar la verdadera grandeza, pero su conformación espiritual entera no le permitió prohibir la ocasión: magnífica y ni siquiera comprender su importancia. Desde este punto de vista, Lenin ha quedado siempre fiel a sí mismo. "Der Tag" del 27 de enero da cuenta de una interesante historia. Era en 1899; Rusi se vió visitada por una terrible miseria. Toda la inteligencia rusa, sin diferencia de opiniones, se asoció para encontrar medios y vías que pudieran aliviar la situación del pueblo hambriento. León Tolstoi mismo escribió un caloroso llamado de socorro. En Samara, el centro del distrito del hambre, se reunió un grupo de intelectuales para deliberar sobre su trabajo en pro de los hambrientos. En esa reunión se levantó un joven y se expresó así: "El hambre revoluciona a las

masas y facilita la lucha contra la autocracia rusa. Por esa razón considero un crimen el proyectado socorro. Naturalmente, no tengo ninguna inclinación a participar de ese crimen". Ese joven era Vladimir Ilyitsch Ulyanof Lenin.

No sé si el autor de esta historia, presente en aquella reunión, ha citado exactamente el discurso del joven Lenin, pero es tan notablemente significativo para toda la conformación espiritual de Lenin y refleja tan excelentemente su conducta frente a la vida y a los padecimientos humanos, que bien podría ser la verdad. Lenin demostró la misma fría inflexibilidad en otra ocasión memorable, y fué frente a Dora Kaplan, que tenía tras sí largos años de cárcel, no había sido conducida a su acción ni por motivos personales ni por motivos contrarrevolucionarios. Sabía también que su muerte, lo mismo que su existencia, no podrían contribuir a la prosperidad de Rusia. Con un gran gesto habría podido atraer hacia su persona, de parte del mismo partido a que Dora Kaplan pertenecía, humana consideración. Podría reservar la vida de esa mujer. Ese hubiera sido un signo de grandeza que habría señalado bajo las circunstancias un elemento nuevo, vital, al curso entero de la revolución. Pero nadie puede dar lo que no tiene. Lenin, a quien toda verdadera grandeza humana le era extraña, entregó a Dora Kaplan a sus verdugos, a la cheka. ¿Se puede representar uno por un sólo momento que un Tolstói, un Bakunin, un Kropotkin, los tres grandes rusos, hubieran podido hacerse culpables de una crueldad tan innecesaria e infructuosa? Pero para qué mencionar esos espíritus universales! Hubo dos mujeres en el movimiento anarquista — Luisa Michel y Voltairine de Cleyre. También contra ellas se intentó la muerte. ¿Cómo procedieron, contra sus atacantes? ¿Se atuvieron a su libra de carne? ¡No, al contrario! Ambas se negaron a participar en un asesinato. Solicitaron la vida de los hombres que habían querido quitarles la suya. Compárese los actos de Luisa Michel y de Voltairine de Cleyre con el acto de Lenin y se verá la misera impresión que produce el último en realidad.

Y sin embargo poseía Lenin una grandeza, que nadie podrá disputarle, poseía la grandeza del jesuitismo, la voluntad de seguir, su camino con astucia y despreocupación de los medios y un menosprecio extremo hacia los azombrosos sacrificios que ofendaba a su divinidad. En este sentido, los Torquemadas de todos los tiempos han sido grandes. De algunos se sabe que estaban en sollozos al mandar a sus víctimas a la cámara de tortura o a la muerte. Tal vez sollozó también Lenin por el tributo que debía pagar por sus tentaciones. Felizmente tales lágrimas eran el factor paralizador del espíritu de la humanidad y destructor de todo intento de una nueva forma de vida. Los Torquemadas han sido siempre las fuerzas más reaccionarias y contrarrevolucionarias de la historia humana. Y Lenin era un reaccionario. Todos sus hechos políticos desde 1917 son una demostración viviente de sus aspiraciones contrarrevolucionarias. Contrarrevolucionarias en el sentido que han contribuido con todos los medios al fracaso de la revolución.

La paz de Brest-Litovsk infligió a la revolución la herida más mortal. El establecimiento de la cheka transformó a Rusia en un matadero humano. La recaudación violenta de los impuestos y las expediciones punitivas asociadas a ella aniquilaron millares de vidas y destruyeron aldeas enteras. Kronstadt y el tributo de sangre que debieron satisfacer sus mejores hijos a la divinidad de Lenin. El decreto que sancionó la guerra hasta el extremo contra la oposición obrera y los anarquistas sindicalistas (esa orden secreta impartida en el X congreso del Partido Comunista Pan-ruso, apareció ahora a la luz del día. Fué utilizada como un apoyo por los leninistas en las últimas discusiones con la oposición). Y finalmente el restablecimiento del capitalismo por el NEP (nueva política económica). Todo esto y más surgió del cerebro del hombre que ha sido canonizado como un santo por la iglesia comunista. Y todas esas medidas han contribuido a sofocar la revolución y a destruir las esperanzas del pueblo ruso. Pero no sólo Rusia, todo el mundo debió experimentar

el jesuitismo de Lenin, pues llevó a todas partes el germen de la descomposición a las filas de los oprimidos.

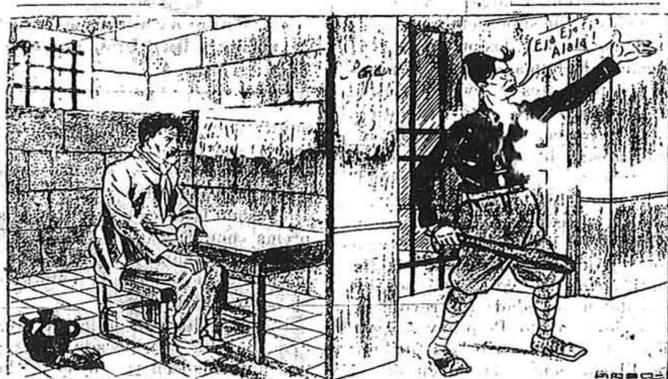
Pero Lenin creía absolutamente en la necesidad de sembrar el desconcierto, la abominación y la descomposición. Consideraba todo eso como una parte esencial de su doctrina. Tenemos sus propias palabras al respecto: "Krasnaia Lotopies" No. 7 contiene un discurso de Lenin en el quinto congreso de la social democracia rusa (partido obrero), que remitió su defensa ante un tribunal del partido. Se le achaca entonces la difamación y la calumnia de treinta y un mencheviques, que habían abandonado el partido y formado un blok con los cadetes. El jefe de ese grupo era F. Dan. Lenin formuló su opinión entonces en las siguientes palabras: "En el ataque a los opositores políticos es la forma, no el contenido, de importancia. En realidad, la forma representa el tono que dirige toda la música. La forma debe ser, pues, tal que provoque en el oyente o en el lector odio, desprecio, horror contra los atacados. La misión de la forma no es convencer sino dispersar las filas de los adversarios, no mejorar sus defectos, sino aniquilar su organización y su actividad, extirparlas de la tierra. La forma del ataque debe ser tal que incite a los peores pensamientos y a la sospecha y lleve el caos y la desorientación a las filas del proletariado". Al preguntársele si no pensaba que tales métodos son reprochables, contestó Lenin: "Ciertamente cuando se aplican al propio partido y contra los propios camaradas. Pero en la lucha contra todos los adversarios políticos no sólo no es reprochable ese método, sino que es digno de recomendación y necesario. Lo repito, en mi ataque contra los grupos salidos de los mencheviques he escogido intencionalmente y conscientemente esa forma, que es apropiada para destruir las filas del proletariado y provocar odio, desconfianza y horror contra nuestros enemigos políticos".

Nadie puede hacer a Lenin el reproche de que ha utilizado "sutilezas" alguna vez. Pero eso no puede encubrir el hecho de que toda su vida ha estado en un peliñoso veneno en las filas del proletariado. Las filas de su pequeño partido fueron infestadas poco a poco. Mientras Lenin tuvo en sus manos los hilos del bolchevismo no podía surgir nada a la superficie. Pero ahora que la muerte misma ha disuelto el férreo puño, hace explosión el veneno contenido y amenaza devorar el edificio entero que ha construido tan diligentemente el gran jesuita de nuestro tiempo.

La muerte es la gran niveladora de toda la vida. Fué hacia Lenin, como había ido sobre los montones de víctimas del leninismo, sólo que hacia él fué con más consideración. Dora, Kaplan, Fanny Barón, León Tchorny y muchos otros debieron morir más de una muerte cruel antes de que la cheka de Lenin los colgara de espaldas a los muros. Sus cuerpos muertos no fueron expuestos a la vista. Ningún homenaje se les ha ofrecido. Ningún canto mortuario resonó en su sarcófago y las campanas de las cuarenta veces cuarenta iglesias de Moscú no les rindieron ningún quejumbroso acompañamiento. Murieron de una muerte afrentosa; pues habían quedado fieles a la revolución, aunque no tuvieron éxito. No así Lenin. Este tuvo éxito. Consiguió poner en pie su máquina. Ha despreciado a nueva vida todos los males que la revolución quería extirpar del capitalismo: la explotación y todo lo que de ello se deriva. No es milagro que Lenin fuera enterrado con la pompa de un potentado y que su reino sea reconocido hoy por las potencias europeas. ¿Y por qué no? La revolución ha muerto. ¿Larga vida al leninismo!

El Vaticano, Mussolini, el papa, los reaccionarios, los aventureros y arribistas del mundo pagan ahora su tributo al hombre que hubieran matado hace siete años si hubiese caído en sus manos. Mentrosos e hipócritas todos! La expresión de su respeto y de su simpatía es solo una máscara tras la cual ocultan su alegría porque el leninismo les ha proporcionado la llave de las riquezas de Rusia, que ahora están dispuestos a extraer hasta el fondo. Pero la última palabra en la determinación de Rusia no ha sido dicha aun.

## DESPUES DE LA AMNISTIA...



El fascismo proclama la "pacificación social"

# Eugenio Carrière y el Salón de Otoño

(Continuación)

Volviendo al primer ciclo, al ataque brusco de Carolus Duran, fué con filosófica resignación que fui arriando las renuncias y las retiradas más o menos pulidas, más o menos fastidiosas que me cayeron por paquetes. Una tarde recibí la visita de Carrière. Creyendo adivinar la causa de ella, le dije tendiéndole la mano: — "Se para qué viene Vd., querido amigo, pero se hubiera evitado la molestia enviando su renuncia por escrito".

La figura de mi interlocutor, esa figura admirable, al mismo tiempo fuerte y dulce, energética y burlesca, se ilumina con una sonrisa de niño.

— Mi renuncia? me pregunta, ¿de qué renuncia me habla Vd? Vengo a decir que ya hice mi elección. Puesto que Carolus Duran nos trata como a lacayos que se mandan a patadas y que empujea el Arte al bajo nivel de una casa de comercio que teme la competencia de una casa rival, y bien, yo dejo la Nacional y me instalo en el Salón de Otoño... Hein?...

Qué?... es demasiado natural, ¿est-ce pas? (Pronunciaba *esse pas* y cortaba constantemente sus frases con esa interrogación). Y espero que usted no habrá dudado de mi verdad? Entretanto vamos a prepararnos para el trabajo y a tallar de firme, puesto que así lo quiere.

La decisión imprevista del maestro cayó como una piedra en un charco de ranas. Lastimar, molestar, desesperar, aplastar, matar de hambre a pobres diablos sin prestigio y sin relaciones, no presentaba ningún inconveniente, pero atacar a uno de los protagonistas de la Escuela Moderna, a uno de los miembros más visibles del Comité director, a uno de los que su notoriedad constituía uno de los atractivos de la Nacional, la tentativa se hacía arriesgada, hasta peligrosa, y exigía maduras reflexiones. Después de haberme copiosa y generosamente injuriado ante una delegación que había tentado implorar su clemencia y que temblaba ante la prestanza olímpica del augusto miembro del Instituto, Carolus Duran retiró su desgraciado ofuscado. El Salón de Otoño estaba salvado, gracias, en gran parte, al coraje y a la elevación de alma del hombre al que hemos conservado una gratitud conmovida.

Eugenio Carrière era una especie de fenómeno en el orden psicológico, un ser de excepción que confundía los razonamientos más racionales y que parecía vivir al revés del buen sentido. Evidentemente no hablaba la misma lengua que la mayoría de sus contemporáneos, de los cuales no compartía ni los gustos, ni las pastones, ni los principios, de manera que se aisló, se replegó en sí mismo y eso sin buscar para nada de tomar una actitud original ni de singularizarse en lo que fuera.

Diez o doce años antes, en el *Fero de la Loire*, hojita nantesa donde se publicaban, refundando, mis correspondencias parisienses, cuyas tendencias exasperaban a la mayoría de los lectores, yo había descrito con entusiasmo la tela de un desconocido, la *Primera comunión*, creyéndola la obra más emocionante y más personal de los Salones de esa época ya lejana.

Carrière, que era su autor, se sorprendió de una benevolencia a la cual no estaba habituado, y me escribió unas líneas de agradecimiento cuyos términos me llegaron al corazón. Desde ese día comenzaron relaciones afectuosas que solamente la muerte pudo romper.

Carrière era de talla mediana, tenía el color pálido de los alzacanos, las manos plebeyas, el cuello corto, las espaldas cuadradas, el pecho desarrollado; generalmente vestía la levitón usado, un chaleco demasiado ancho y un pantalón con rodilleras; hubiese pasado desapercibido si su cabeza de cabellos rubios, ondulados y tupidos no hubiese atraído la atención, una cabeza maciza como la de un león, una cabeza iluminada por ojos claros y penetrantes terminada por un mentón energético, una cabeza cuyos rasgos finos contrastaban con la robustez del cuerpo, una cabeza cuya boca, ora amarga, ora sonriente, le modificaba constantemente la expresión. En la muchedumbre su rostro se llenaba de claridad y dejando en la sombra a las caras vecinas.

Una simpatía recíproca me permitió entrar rápidamente en la intimidad dolorosa de mi nuevo amigo. Casado joven, había tenido seis hijos, de los cuales uno había muerto en el hospital, pues los padres, demasiado pobres para darle los cuidados medicinales indispensables, tuvieron que separarse del pequeño. Aceptado con una dignidad feroz, el disgusto no fue menos penoso, y el porvenir no sonreía mucho a ese soñador que se obstinaba en una fórmula de arte un tanto absconciada y completamente cerrada a la muchedumbre y a la crítica.

normalmente vestía la levitón usado, un chaleco demasiado ancho y un pantalón con rodilleras; hubiese pasado desapercibido si su cabeza de cabellos rubios, ondulados y tupidos no hubiese atraído la atención, una cabeza maciza como la de un león, una cabeza iluminada por ojos claros y penetrantes terminada por un mentón energético, una cabeza cuyos rasgos finos contrastaban con la robustez del cuerpo, una cabeza cuya boca, ora amarga, ora sonriente, le modificaba constantemente la expresión. En la muchedumbre su rostro se llenaba de claridad y dejando en la sombra a las caras vecinas.

Una simpatía recíproca me permitió entrar rápidamente en la intimidad dolorosa de mi nuevo amigo. Casado joven, había tenido seis hijos, de los cuales uno había muerto en el hospital, pues los padres, demasiado pobres para darle los cuidados medicinales indispensables, tuvieron que separarse del pequeño. Aceptado con una dignidad feroz, el disgusto no fue menos penoso, y el porvenir no sonreía mucho a ese soñador que se obstinaba en una fórmula de arte un tanto absconciada y completamente cerrada a la muchedumbre y a la crítica.

## AGUAFUERTISTAS ARGENTINOS



VALENTIN THIBON — Retrato.

Tuvo la felicidad, sin embargo, un buen día, de inculcar mi admiración a un hombre no bestia, fuerte fabricante de perfumería en Pautin, que consintió en encargarme su retrato y el de su señora a Carrière.

En aquellos tiempos prehistóricos no existían medios de locomoción, salvo el ferrocarril de la estación del Norte, entre París y Pautin. El día, que había que ir a pie tan largo viaje, fatigante y fastidioso, pues sus recursos no le permitían darse el lujo de un coche. No le oí jamás una queja ni una palabra de rencor; él estaba por encima de las mezquindades, de los sufrimientos, de las privaciones materiales, y sin recriminaciones, hasta sin asombrarse aceptaba la existencia tal cual se presentaba, sintiéndose lo bastante fuerte para desafiarse sus traiciones y sus golpes. La felicidad estaba en él, y no la buscaba fuera, no la aceptaba del mundo exterior que lo permanecía indiferente. Sus afectos los concentraba en el arte y en su mujer y sus niños que

le servían de modelos, siempre los mismos y siempre diferentes, seres queridos a los cuales observaba con pasión los gestos, las actitudes y las expresiones con las cuales su genio magnificaba la visión. No he sorprendido jamás a este hombre, tan desinteresado, manifestar el menor celo por la situación brillante de colegas indios, sin embargo, de limpiarle la paleta. No manifestaba ninguna envidia, ninguna ambición y se asombraba únicamente de ver a los hombres de verdadero valer, aceptar las más desagradables sujeciones, las más humillantes gestiones, los trabajos más fastidiosos, las más vergonzosas faltas de conciencia, sea para solicitar la Legión de Honor o un encargo, sea para sostener un tren de vida lujoso al cual estaban habituados. ¿Por qué aceptar semejante actitud cuando se posee otro ideal que el de un banquero o un comerciante, cuando se domina con la inteligencia a esos fantoches trajeados a la última moda y que despliegan sus bajos instintos y su imbecilidad en la más ruidosa fastuosidad? Sus indumentaria descuidada, sus convicciones sociales, su ironía mordaz, habían cavado un foso entre él y la mayoría de sus colegas de la Nacional, "habituados" de círculos y de salones mundanos, por radicalmente desprovistos de talento, que, durante el affaire Dreiffus, le manifestaron en la forma más grosera, con esa hipocresía especial de la gente dicha bien educada, su reprobación por la actitud valiente que lo había impulsado a dibujar el *affiche de la Aurora*.

— Usted me desaprueba? me pregunta riendo mi amigo, e intercalando sus frases con los habituales *esse pas* que cortaban la conversación de una manera tan curiosa: Sí... Evidentemente esto parece una verdadera... chifladura. Para arrojar por la ventana cien mil francos, cuando se ha tirado al diablo por la cola toda la existencia, es preciso ser todo. Solamente... vea usted, no nos confundamos... Hemos tenido un consejo de familia, mi mujer y yo; hemos dado vuelta a la cuestión en toda forma, hemos reflexionado y, por mi parte, nuestro partido ha sido tomado pronto. He... es divertido. Vd. sabe que yo no soy creyente ni religioso, pero recuerdo el *Pater*, una de cuyas frases me volvió bruscamente a la memoria: "Librados de las tentaciones". Y esas sagradas palabras me entraron en el corazón, me apretaron la garganta, searon a mis ojos como una chiflante obsesiva y me atenían a la conciencia como un remordimiento. Librados de la tentación. Sí, nosotros hemos sufrido, hemos conocido el fastidio y la pobreza, pero hemos terminado por habituarnos a esos compañeros no deseables y casi a quererlos. Con ellos hemos tirado, como buena gente, sin cometer ni villanías ni bajezas. La ruta, a veces redrejada que hemos seguido, no tiene para nosotros ni secretos ni trampas ni imprevistos; en cambio, la fortuna... No nos llevaríamos bien en esa con esta nueva llegada cuyas costumbres ignoramos. No romperá nuestros hábitos, no apagará nuestros entusiasmos, transformando nuestra mentalidad, envenenando nuestros ojos, lucándonos rapaces, desconfiados, vanidosos, crueles y egoístas? ¿Se está jamás seguro de uno mismo? Y luego... luego adivino también lo que sucederá: pasado de tiempo en tiempo por el negocio cuando yo constataré que mis telas se acumulan sin venderse porque el público no tiene mucho interés en ellas — cuando reconozca que mi marchand había hecho en definitiva un negocio detestable para él, yo preguntaré, me informaré, y cuando, bajo reticencias delicadas y amables, sabré que mis cuadros graves, hasta tristes impregnados de un cierto misterio, y resumiendo en tonos austeros todos los

tendidos, la situación material del artista se había modificado lentamente, pero de una manera apreciable. No era ciertamente la opulencia, porque el monto de las raras compras, sobre todo las del Estado, no rivalizaban mucho con las gruesas sumas reservadas a Julio Lefebvre, a Ferrier, a Detaille, a Dagnan-Bouveret o a Cormon. Un día, sin embargo, un marchand de cuadros de París fué a proponerle (su nombre comenzaba a ser conocido victoriosamente) en términos delicados y lisonjeros, firmar un contrato anual de cien mil francos. En esa época el artista sentía los primeros síntomas del mal implacable que debía llevarlo a la tumba después de dos años de tortura. Ese contrato era el fin de la lucha cautelosa y deprimente contra los mil cuidados de la existencia, era la interrupción de una angustiosa pesadilla, el porvenir asegurado para su familia si, como sentía el temor y casi la certidumbre, la muerte llegaba a forzar pronto la puerta de su casa.

Carrière rechazó. Cuando yo supe esa decisión inesperada y verdaderamente asombrosa, no pude contener un movimiento de impaciencia. — Usted me desaprueba? me pregunta riendo mi amigo, e intercalando sus frases con los habituales *esse pas* que cortaban la conversación de una manera tan curiosa: Sí... Evidentemente esto parece una verdadera... chifladura. Para arrojar por la ventana cien mil francos, cuando se ha tirado al diablo por la cola toda la existencia, es preciso ser todo. Solamente... vea usted, no nos confundamos... Hemos tenido un consejo de familia, mi mujer y yo; hemos dado vuelta a la cuestión en toda forma, hemos reflexionado y, por mi parte, nuestro partido ha sido tomado pronto. He... es divertido. Vd. sabe que yo no soy creyente ni religioso, pero recuerdo el *Pater*, una de cuyas frases me volvió bruscamente a la memoria: "Librados de las tentaciones".

Y esas sagradas palabras me entraron en el corazón, me apretaron la garganta, searon a mis ojos como una chiflante obsesiva y me atenían a la conciencia como un remordimiento. Librados de la tentación. Sí, nosotros hemos sufrido, hemos conocido el fastidio y la pobreza, pero hemos terminado por habituarnos a esos compañeros no deseables y casi a quererlos. Con ellos hemos tirado, como buena gente, sin cometer ni villanías ni bajezas. La ruta, a veces redrejada que hemos seguido, no tiene para nosotros ni secretos ni trampas ni imprevistos; en cambio, la fortuna... No nos llevaríamos bien en esa con esta nueva llegada cuyas costumbres ignoramos. No romperá nuestros hábitos, no apagará nuestros entusiasmos, transformando nuestra mentalidad, envenenando nuestros ojos, lucándonos rapaces, desconfiados, vanidosos, crueles y egoístas? ¿Se está jamás seguro de uno mismo? Y luego... luego adivino también lo que sucederá: pasado de tiempo en tiempo por el negocio cuando yo constataré que mis telas se acumulan sin venderse porque el público no tiene mucho interés en ellas — cuando reconozca que mi marchand había hecho en definitiva un negocio detestable para él, yo preguntaré, me informaré, y cuando, bajo reticencias delicadas y amables, sabré que mis cuadros graves, hasta tristes impregnados de un cierto misterio, y resumiendo en tonos austeros todos los

genios de la pintura, no poseen las cualidades capaces de aferrar al cliente, yo me dejaré ir, por flaqueza o por conciencia, a calentar mis grises con una nota viva y alegre, como en los cromos de Dufosse. Y creo, palabra, que llegaría a adornar mis figuras con un largo azul por aquí, un ramo rosa por allá, una mentira, y, en ese tren, querido amigo, yo llegaría rápidamente a deshonrarme. A fe, que profeño comer carne dura, que no lo ex tanto como se cree.

¿Qué responder? La garganta apretada y los ojos húmedos, yo guardaba silencio, con unos deseos locos de hablar las rodillas ante ese ser extraordinario que no ha conseguido nunca la emoción que me causó aquel día, pues estaba persuadido de que obraba lo más naturalmente del mundo.

Gracias a la simpatía activa de Rogers Marx, de la Sra. Ménard-Dorian, de Elie Faure, de Olivier Sainseré, de Juan Dolent, de Gallimard al que yo lo había presentado y algunos otros aficionados en-

tervenidos, la situación material del artista se había modificado lentamente, pero de una manera apreciable. No era ciertamente la opulencia, porque el monto de las raras compras, sobre todo las del Estado, no rivalizaban mucho con las gruesas sumas reservadas a Julio Lefebvre, a Ferrier, a Detaille, a Dagnan-Bouveret o a Cormon. Un día, sin embargo, un marchand de cuadros de París fué a proponerle (su nombre comenzaba a ser conocido victoriosamente) en términos delicados y lisonjeros, firmar un contrato anual de cien mil francos. En esa época el artista sentía los primeros síntomas del mal implacable que debía llevarlo a la tumba después de dos años de tortura. Ese contrato era el fin de la lucha cautelosa y deprimente contra los mil cuidados de la existencia, era la interrupción de una angustiosa pesadilla, el porvenir asegurado para su familia si, como sentía el temor y casi la certidumbre, la muerte llegaba a forzar pronto la puerta de su casa.

tendidos, la situación material del artista se había modificado lentamente, pero de una manera apreciable. No era ciertamente la opulencia, porque el monto de las raras compras, sobre todo las del Estado, no rivalizaban mucho con las gruesas sumas reservadas a Julio Lefebvre, a Ferrier, a Detaille, a Dagnan-Bouveret o a Cormon. Un día, sin embargo, un marchand de cuadros de París fué a proponerle (su nombre comenzaba a ser conocido victoriosamente) en términos delicados y lisonjeros, firmar un contrato anual de cien mil francos. En esa época el artista sentía los primeros síntomas del mal implacable que debía llevarlo a la tumba después de dos años de tortura. Ese contrato era el fin de la lucha cautelosa y deprimente contra los mil cuidados de la existencia, era la interrupción de una angustiosa pesadilla, el porvenir asegurado para su familia si, como sentía el temor y casi la certidumbre, la muerte llegaba a forzar pronto la puerta de su casa.

Carrière rechazó. Cuando yo supe esa decisión inesperada y verdaderamente asombrosa, no pude contener un movimiento de impaciencia. — Usted me desaprueba? me pregunta riendo mi amigo, e intercalando sus frases con los habituales *esse pas* que cortaban la conversación de una manera tan curiosa: Sí... Evidentemente esto parece una verdadera... chifladura. Para arrojar por la ventana cien mil francos, cuando se ha tirado al diablo por la cola toda la existencia, es preciso ser todo. Solamente... vea usted, no nos confundamos... Hemos tenido un consejo de familia, mi mujer y yo; hemos dado vuelta a la cuestión en toda forma, hemos reflexionado y, por mi parte, nuestro partido ha sido tomado pronto. He... es divertido. Vd. sabe que yo no soy creyente ni religioso, pero recuerdo el *Pater*, una de cuyas frases me volvió bruscamente a la memoria: "Librados de las tentaciones".

Y esas sagradas palabras me entraron en el corazón, me apretaron la garganta, searon a mis ojos como una chiflante obsesiva y me atenían a la conciencia como un remordimiento. Librados de la tentación. Sí, nosotros hemos sufrido, hemos conocido el fastidio y la pobreza, pero hemos terminado por habituarnos a esos compañeros no deseables y casi a quererlos. Con ellos hemos tirado, como buena gente, sin cometer ni villanías ni bajezas. La ruta, a veces redrejada que hemos seguido, no tiene para nosotros ni secretos ni trampas ni imprevistos; en cambio, la fortuna... No nos llevaríamos bien en esa con esta nueva llegada cuyas costumbres ignoramos. No romperá nuestros hábitos, no apagará nuestros entusiasmos, transformando nuestra mentalidad, envenenando nuestros ojos, lucándonos rapaces, desconfiados, vanidosos, crueles y egoístas? ¿Se está jamás seguro de uno mismo? Y luego... luego adivino también lo que sucederá: pasado de tiempo en tiempo por el negocio cuando yo constataré que mis telas se acumulan sin venderse porque el público no tiene mucho interés en ellas — cuando reconozca que mi marchand había hecho en definitiva un negocio detestable para él, yo preguntaré, me informaré, y cuando, bajo reticencias delicadas y amables, sabré que mis cuadros graves, hasta tristes impregnados de un cierto misterio, y resumiendo en tonos austeros todos los

genios de la pintura, no poseen las cualidades capaces de aferrar al cliente, yo me dejaré ir, por flaqueza o por conciencia, a calentar mis grises con una nota viva y alegre, como en los cromos de Dufosse. Y creo, palabra, que llegaría a adornar mis figuras con un largo azul por aquí, un ramo rosa por allá, una mentira, y, en ese tren, querido amigo, yo llegaría rápidamente a deshonrarme. A fe, que profeño comer carne dura, que no lo ex tanto como se cree.

¿Qué responder? La garganta apretada y los ojos húmedos, yo guardaba silencio, con unos deseos locos de hablar las rodillas ante ese ser extraordinario que no ha conseguido nunca la emoción que me causó aquel día, pues estaba persuadido de que obraba lo más naturalmente del mundo.

Gracias a la simpatía activa de Rogers Marx, de la Sra. Ménard-Dorian, de Elie Faure, de Olivier Sainseré, de Juan Dolent, de Gallimard al que yo lo había presentado y algunos otros aficionados en-

tervenidos, la situación material del artista se había modificado lentamente, pero de una manera apreciable. No era ciertamente la opulencia, porque el monto de las raras compras, sobre todo las del Estado, no rivalizaban mucho con las gruesas sumas reservadas a Julio Lefebvre, a Ferrier, a Detaille, a Dagnan-Bouveret o a Cormon. Un día, sin embargo, un marchand de cuadros de París fué a proponerle (su nombre comenzaba a ser conocido victoriosamente) en términos delicados y lisonjeros, firmar un contrato anual de cien mil francos. En esa época el artista sentía los primeros síntomas del mal implacable que debía llevarlo a la tumba después de dos años de tortura. Ese contrato era el fin de la lucha cautelosa y deprimente contra los mil cuidados de la existencia, era la interrupción de una angustiosa pesadilla, el porvenir asegurado para su familia si, como sentía el temor y casi la certidumbre, la muerte llegaba a forzar pronto la puerta de su casa.

Carrière rechazó. Cuando yo supe esa decisión inesperada y verdaderamente asombrosa, no pude contener un movimiento de impaciencia. — Usted me desaprueba? me pregunta riendo mi amigo, e intercalando sus frases con los habituales *esse pas* que cortaban la conversación de una manera tan curiosa: Sí... Evidentemente esto parece una verdadera... chifladura. Para arrojar por la ventana cien mil francos, cuando se ha tirado al diablo por la cola toda la existencia, es preciso ser todo. Solamente... vea usted, no nos confundamos... Hemos tenido un consejo de familia, mi mujer y yo; hemos dado vuelta a la cuestión en toda forma, hemos reflexionado y, por mi parte, nuestro partido ha sido tomado pronto. He... es divertido. Vd. sabe que yo no soy creyente ni religioso, pero recuerdo el *Pater*, una de cuyas frases me volvió bruscamente a la memoria: "Librados de las tentaciones".

Gracias a la simpatía activa de Rogers Marx, de la Sra. Ménard-Dorian, de Elie Faure, de Olivier Sainseré, de Juan Dolent, de Gallimard al que yo lo había presentado y algunos otros aficionados en-

# LEON TCHORNI

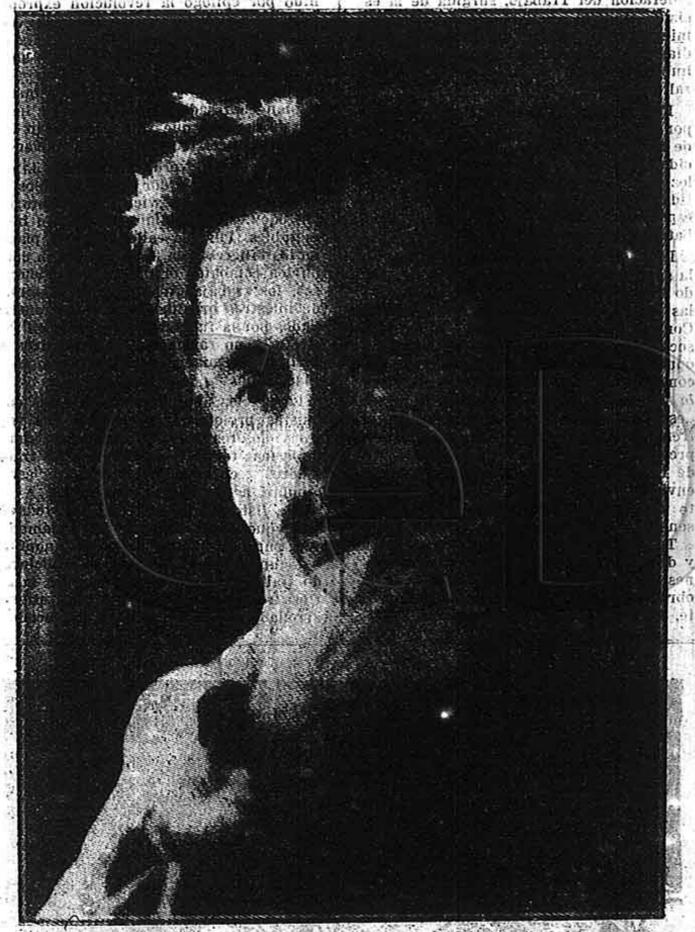
En nuestro último número insertamos una corta biografía de León Tchorni, el noble libertario fusilado por los bolcheviques.

Acabamos de recibir un hermoso volumen conteniendo la segunda edición de la obra más importante de Tchorni titulada: *Una nueva dirección en el Anarquismo: el anarquismo asociacionista*, publicado por la Unión Obrera, Samobrazovanie (auto-educación) de New York, de 394 pág. en 8°.

Los camaradas que comprendan el ruso harán bien en procurarse este extenso volumen donde encontrarán una clara ex-

hermana fué la institutriz de los hijos del abuelo de Pavel Dmitrievich Turtchani-nof y que las tías del autor habían sido damas de honor de mi hermana en Veronege en 1866. No dudaba, al leer los artículos de Tchorni que pertenecía a una familia que me era conocida desde hacía 57 años. Empeñé, pues, la lectura de este volumen con redobrado interés.

Después de definir la Sociometría, ciencia por él fundada y que, a hoy en más, marchará mano a mano con la Sociología, Tchorni pasa al desarrollo de sus ideas. Descúbrese ante todo tres tipos resumidos en estas palabras: Yo — yo



León Tchorni (Paulo Turtchani-noff) — Viejo anarquista; es autor de una obra original: "El anarquismo asociacionista", publicada en 1907. Al comienzo de la revolución rusa volvió de Siberia a Moscú — Era conocido personalmente como anarquista y como hombre por muchos bolcheviques que figuración, entre otros Kamenoff y Jaroslavsky. Desde 1917 trabajó sin interrupción en el movimiento anarquista, como secretario de la Federación anarquista de Moscú, y como conferencista y colaborador de publicaciones anarquistas. Durante la revolución escribió un gran trabajo sobre los intelectuales, que permanece aun inédito. — El gobierno comunista, varias veces lo puso en prisión, hasta que, finalmente aprovechándose de su delicadeza y de su bondad infinita, el poder soviético le envió los agentes de la tchéka, Stálin y un chauffeur, con ayuda de los cuales lo asoció a una fraguada fabricación de billetes falsos y lo fusiló en septiembre de 1921. Dejó manuscritos sobre economía, sobre el anarquismo asociacionista, etc.

posición de la filosofía del anarquismo y los medios prácticos de convertirlo en realidad. Después de haber escrito la noticia del número anterior, me he afortunado que mi

no soy nada; luego Yo — yo soy todo; y por fin Yo — eres tú. Es decir, desde la ausencia del individuo en las relaciones sociales pasando por el absolutismo del Estado llega a demostrar que el porve-

nir pertenece al anarquismo al cual se arriba por la asociación de los intereses y de los sentimientos. De un lado se marcha hacia el socialismo estatista, fundado sobre la violencia que angusta mi "yo". Del otro lado se avanza hacia una organización social voluntaria donde todas las facultades del hombre entrarán en juego libremente para la felicidad del individuo y de la comunidad.

La segunda parte del volumen, titulada "Económica", dedica ocho capítulos al estudio del comunismo. No cree que el comunismo integral sea el ideal. Nota en él la influencia del cristianismo, de la máxima: "Ayudaos los unos a los otros". El comunismo dice Tchorni, es un gran dios, remando sobre la organización actual dejando bien lejos el derecho al trabajo y otras invenciones que no eran otra cosa que emplastos. El comunismo es un gran hospital, una grandiosa institución de beneficencia para todos los desheredados de la vida. Pero el trabajador no necesita hospitales, ha menester una nueva organización donde cualquier beneficencia sería inútil, donde cada uno podría ayudarse a sí mismo.

Habría sido, probablemente, este artículo el que excitó el odio de Dzerzhinsky y otros verugos de la tchéka, todos co-

# Medio siglo de luchas obreras en Italia

El movimiento obrero en Italia tuvo siempre un carácter revolucionario, en su esencia, aun cuando no lo manifieste o rechace de sí esta especial característica suya. Hasta las inocuas sociedades obreras de socorros mutuos han tenido en Italia un origen revolucionario republicano-social.

Las primeras organizaciones de clase proletaria, revolucionarias, inspiradas en los principios de la primera Internacional de los Trabajadores a la que se adherían, surgieron en Italia después de la Comuna de París, con la denominación de *Partido Operai* y debidas a la actividad de Balmuccia, de Carli y de Maritesta de Costa y de tantos otros pioneros de la Internacional en Italia.

Contra estos *Partido Operai*, contra los internacionalistas arrojó despiadadamente la reacción encabezada por el renegado Juan Nicotera, ex garibaldino y ex republicano, convertido en jefe del gobierno monárquico.

Pero si fueron destruidos los *Fasci Operai*, si fueron encarcelados millares de internacionalistas, algunos de ellos condenados a penas enormes, no se perdieron las ideas y las enseñanzas de aquellos precursores del movimiento obrero internacional en una nación económicamente atrasada todavía y gobernada por una política conservadora y reaccionaria.

Poco más tarde los *Fasci* obreros se reconstituyeron, especialmente en los centros en que se iba desarrollando la industria, asumiendo formas corporativas sindicales, y al período insurreccional de los motines de los *Fasci* internacionalistas sucedieron las org. limitadas, ora atrevidas luchas para la defensa obrera contra el patronato.

ministas de nombre, engordando a expensas de los trabajadores y manteniendo a los que dudan de su panacea; de ahí que Tchorni fuera fusilado.

Tchorni, pasa, luego, a la exposición del mutualismo, luego a la de sus ideas de asociación por el anarquismo. Demuestra que es fácil entenderse, crear, cambiar, por medio de la asociación.

En cuanto a mí, comunista libertario, creo que Tchorni se apoyaba demasiado sobre palabras y que su sistema de asociación es, en suma, el sistema de Kropotkin o el que se explica en la "Nueva Creación" de Ramuz, de la cual yo he escrito un libro.

Rechazo el pretendido comunismo de Lenin, de Trotsky, y compañía, sistema amorfo, tiránico, sanginario; pero el comunismo libertario, llámesele asociacionista o no, ese es el ideal.

De cualquier manera el libro de Tchorni quedará, magister su supresión en Rusia y a que su autor no pueda defenderlo personalmente. El nombre de Tchorni brillará entre la pléyade de los teóricos y de los mártires del anarquismo.

G. BROCHER  
(De *Le Libertaire*, París)

No consiguieron todavía refrenarlo, hicieron seguir el curso de la legalidad. Los centenares de *Fascios* de los Trabajadores de Sicilia y de la Italia meridional que se adherieron a ese Partido de los Trabajadores, le llevaron el espíritu inquieto y rebelde de aquellas poblaciones. Allí abajo, en la tierra volcánica del Etna, aquellas masas de campesinos y de mineros del sur, envidiosos en las *Fascios* de la palanca poderosa para destruir el privilegio de los *campesini* (los señores) para la expropiación del patronato latifundista. Era aquel un movimiento revolucionario que encendió de entusiasmo el ánimo de los trabajadores desde un extremo al otro de Italia. El *Fascio* era entonces, sinónimo de revolución proletaria.

Los motines de Sicilia y de la Libertaria Lunigiana (de los canteristas de la mar) espantaron, atorrizaron a la clase dominante que confió el poder a otro renegado, al ex garibaldino y ex republicano Francisco Crispi, que en 1894 puso en estado de sitio a Sicilia y la Lunigiana, y mandó ante los tribunales militares a los jefes de los *Fascios* de los Trabajadores que fueron condenados a decenas de reclusión, disolvió el partido de los trabajadores, que ya se había transformado en partido socialista, y con él disolvió también todas las Cámaras de Trabajo y las organizaciones sindicales existentes en Italia. Los grupos y círculos republicanos, anarquistas, etc., etc., enviados una infinidad de subversivos confinados a las jaulas destinadas a la difamación de la deportación.

Así también este movimiento de la cla-

se trabajadora fué sofocada por el puño de hierro de un renegado. No obstante, el proletariado, cada día más numeroso y combativo, iba cautelosamente reorganizando sus filas.

Fué entonces, para santraerlas a los golpes de la reacción, que se separaron las organizaciones sindicales del partido político. El movimiento obrero se hizo, por primera vez, apolítico, no-partidista, por lo que fué posible realizar en el terreno sindical la unidad en las Cámaras del Trabajo y en las Federaciones. Estas últimas, empero, tenían poca importancia, dado el carácter localista del movimiento obrero que en aquel tiempo consentían las condiciones de la industria, todavía localista.

Las sublevaciones de las masas populares contra la guerra colonial abatió al gobierno de Crispi. Se abrieron las puertas de las prisiones, se respiró a plenos pulmones el aire de la libertad... pero por poco tiempo, ya que en 1888 los movimientos de los obreros hambrientos contra la clase hambreadora provocaron una nueva explosión reaccionaria. Los cañones fueron disparados contra las multitudes en las calles de las ciudades donde cayeron en número considerable los proletarios. Se decretaron estados de sitio, se denunció a los tribunales militares a los presuntos jefes de las revueltas, las prisiones se reabrieron para tragar hombres de todos los partidos subversivos... comprendidos los demócratas y los católicos encabezados por don Albertario. Fué aquella una nueva *via crucis*. Sin contables las víctimas inmoladas en el Calvario de Italia, en todo lugar, en todo tiempo. Pero ya había llegado el fin del viejo reino de Humberto I. Lo señaló la mano armada del tejedor de Prato.

El alba del nuevo reino pareció la claridad serena y precursora de un hermoso medio día. La mentalidad reaccionaria de los viejos gobernantes no quiso, empero, acomodarse a las nuevas exigencias de la vida social moderna, no podía soportar el resurgir y el lozano desarrollo del movimiento sindical proletario frente a un patronato desorganizado pero feroz contra toda afirmación obrera. Así el gobierno de Saracco decretó la disolución de las Cámaras del Trabajo de Génova, en el primer puerto de Italia, en el corazón de la nación. Se comprendió en seguida que era el principio de un nuevo período reaccionario del joven reino. A aquel primer paso, una vez dado, habrían seguido otros, y la destrucción del movimiento sindical en Italia se habría en breve cumplido nuevamente.

Los trabajadores de Génova se sublevaron todos, como un solo hombre, contra el decreto de disolución de su Cámara del Trabajo proclamando la huelga general. El corazón comercial de Italia no latía más. Por las venas de la nación corría más la mercancía, inmovilizada en los muelles de Génova. La batalla que el proletariado genovés libraba con ardor estaba a punto de sufrir una derrota por obra de los socialistas legalitarios que trataban de hacer replegar a los trabajadores temiendo una más fuerte reacción gubernativa. Pero los elementos revolucionarios y libertarios tuvieron mayor ascendente, y la primera huelga general de clase en defensa del derecho de asociación resultó plenamente victoriosa obligando al gobierno a retirar el decreto.

Fué el de 1900 el principio de una nueva era proletaria en Italia. No es que el viejo Calvario se cubriese de rosas: abunda siempre en espinas. Las *batallas perdidas* que la fuerza armada del Estado empleaba a menudo para los trabajadores que reclamaban trabajo o contra las reducciones de sueldos, ya han pasado a la historia como un fenómeno natural de la vida política italiana que de la sangre proletaria saca la salud de la burguesía.

La política represiva a base de plomo y de metralla exasperaba a los trabajadores italianos al punto de provocar a cada uno de estas matanzas una insurrección de las masas y conflictos frecuentes entre proletarios y fuerza pública que la hacían odiosa, no solamente a los obreros, sino a todos los ciudadanos.

Fué esta homeopática e intermitente disolución de plomo la que hizo desencadenar la memorable huelga general del proletariado italiano contra el gobierno en septiembre de 1904 paralizándolo com-

pletamente la vida económica y civil del país.

Este grandioso movimiento aceleró más la ascensión proletaria; las filas sindicales se agrandaban, se robustecían. La única organización nacional proletaria que reunía todas las fuerzas sindicales del país: el *Secretariado Nacional de la Resistencia*, con orientación revolucionaria, había puesto en él todas las energías combativas del proletariado que avanzaba a paso redoblado por el camino de las conquistas.

Contra las usurpaciones seculares de tierras de dominio colectivo, efectuadas por los principotes, insurgían las organizaciones de los campesinos desheredados reclamando su rescate. Rescate que era cumplido mediante la acción directa, con la ocupación de las tierras usurpadas, confiándolas a Universidades agrícolas administradas por los campesinos mismos. Debieron intervenir las magistraturas y el Estado... para reconocer la legitimidad de la toma de posesión, del rescate. El decenio que va de 1901 a 1910 es rico en estos episodios elocuentes de acción directa de los trabajadores de los campos.

En el inmenso Valle Padana donde el sindicalismo revolucionario echó las primeras raíces, se desarrollaban entretanto, sucediéndose una a otra, las huelgas agrícolas de los asalariados hambrientos conquistando el derecho a la existencia que hasta entonces les había sido negado. Aquellas huelgas de diez, de cincuenta, de cien mil trabajadores, tenían todas las características de verdaderas insurrecciones, pues la lucha no se desenvolvía pacíficamente con el método de los brazos cruzados. El patronato agrario, la más reaccionaria de las clases capitalistas, no luchaba contra los trabajadores mediante la resistencia pasiva; pero se valía de la fuerza armada del Estado, y por eso cada huelga no era sino una serie de conflictos. Y con frecuencia se obligaba a la caballería a cargar sobre los cuerpos de los trabajadores, de las mujeres, de los niños, que llenaban las calles y las plazas y obstruían el paso echándose de bruces sobre el empedrado. El alma generosa, fraterna de los soldados — carne de la carne, sangre de la sangre de los proletarios — impedía la atroz carnicería que los cínicos agrarios habrían preferido más bien que ceder a las justas reclamaciones de los mal nutridos braceros agrícolas.

Las luchas entre capital y trabajo en Italia no han sido sino muy raramente luchas parciales, luchas civiles, pacíficas, para la gradual elevación económica y moral del proletariado; fueron a menudo grandes batallas campales extendidas a muchos gremios o a toda la clase trabajadora de una región agrícola o de un gran centro industrial. Y tenían estas luchas un alto valor moral y un contenido revolucionario. Las huelgas de Argenta, de Terni, de Piombino, de la región de Ferrara, de Parma, de Carrara, de las Pullias, para la conquista de más pan, para la reducción del horario, para suprimir seculares privilegios patronales, odiosos pactos medioevales, o para sancionar un nuevo derecho proletario — todas estas luchas pasaron a la historia con cien y cien episodios conmovedores, a veces trágicos. El éxodo de los niños, de millares de hijos de los huelguistas que partían para otras ciudades y pueblos lejanos donde eran acogidos afectuosamente por otras familias de proletarios que los vestirían, los calzarían y los alimentarían hasta que sus padres hubiesen salido victoriosos en la lucha contra el patronato. Millares de pechos a lo largo de la línea férrea haciendo frente a un tren cargado de crumiros, o los grupos de audaces que hacían saltar los carriles para impedir el paso del convoy que llevaba a los campos inmensos los Judas del proletariado. La olla comunista que alimentaba la resistencia de millares de familias de huelguistas. Las barricadas con que los huelguistas defendían sus posiciones contra las fuerzas armadas del Estado que quería quebrantarlos con la violencia brutal.

Así se combatía en Italia entre trabajadores y patronos desde 1901 a 1914, es decir, hasta el estallido de la guerra europea.

Más que lucha de clases, la que se libró en Italia, fué una verdadera *guerra*

de clases, a menudo con caracteres sangrientos, por lo que el proletariado recurrió muchas veces, en señal de protesta, a la huelga general en toda la nación.

La última huelga general de anteguerra fué la de junio de 1914, más conocida con el nombre de *semana roja*. El domingo 7 de junio los trabajadores hicieron su gran manifestación contra las compañías militares de disciplina, en toda Italia. En Ancona la fuerza pública mataba a dos manifestantes que volaban tranquilamente del mítin. El proletariado italiano, conmovido e indignado por el feroz delito policial, manifestó su protesta con el inmediato abandono del trabajo. La huelga general asumió bien pronto las proporciones de una revolución. En algunas provincias el proletariado era dueño de la situación, en otras estaba en vías de serlo. Ya se disponía para la requisición de los vehículos y almacenes de granos, de todo lo que podía ser útil al movimiento revolucionario incipiente. También los ferroviarios participaban en vasta escala en el movimiento. Pero la Confederación del Trabajo, surgida de la escisión sindical en 1906, sabotó el movimiento, que resistió aún por algunos días y hubiera podido triunfar si no le hubiese faltado la solidaridad confederal.

Fué aquella la última página escrita por la clase trabajadora de Italia antes de la guerra; página gloriosa, ensombrecida solamente por la traición innoble de los politiqueros que tienen la triste, pérfida profesión de fer... de herir por la espalda a los que generosamente combaten por una noble causa.

La intervención del Estado italiano en la sangrienta reyerta mundial hubiera sido impedida, por la resuelta voluntad de las masas trabajadoras, si la reformista Confederación del Trabajo y el partido socialista, concordes, no se hubiesen opuesto a toda acción antiguerrera con la cómoda frase: *no adherirse ni sabotear la guerra*, mientras la Unión Sindical, desde octubre de 1914 había propuesto el frente único para una especie de acción preventiva contra la intervención a fin de impedir que la opinión pública fuese envuelta y arrastrada a la guerra mediante una artificiosa manifestación de consensos... inexistentes.

Todavía hubieron de verificarse antes y durante la guerra, graves demostraciones, huelgas generales en varios centros obreros como en Turín, en Sestri Ponente, en Módena y en otros centros. Mov-

mientos que se hubieran extendido asumiendo carácter nacional si los socialistas reformistas no hubiesen tenido cuidado de circunscribirlos y apagarlos a tiempo.

Las luchas proletarias de la tras guerra no han sido más que una serie infinita de verdaderas batallas entre trabajadores y burguesía. Grandiosas huelgas agrícolas extendidas a regiones y provincias enteras, huelgas generales de industria y de clase. Agitaciones y motines locales y generales contra la carestía de los víveres, durante los cuales habría sido posible, fácil desposeer a la clase dominante, como ya había acontecido en algunos centros, si no se hubiese opuesto el obstáculo de los hamfíticos dirigentes socialreformistas y confederales. La huelga general ferroviaria triunfante. La huelga armada de los soldados y del pueblo de Ancona contra la guerra en Albania a la que el gobierno tuvo que renunciar a causa de la extensión y la agravación del movimiento en otras regiones de Italia. La ocupación de las tierras primero, luego de las fábricas, que hubiera tenido por epílogo la revolución expropiadora, si los dirigentes confederales, con la culpable aquiescencia de los social-comunistas, no hubiesen estrangulado aquel maravilloso movimiento yendo en socorro del gobierno y de la burguesía que se habían confesado impotentes para impedir su derrota, que ya consideraban inevitable con el triunfo del proletariado.

Era esta una verdadera guerra de clases, librada con ardor y con notables sacrificios, pues las víctimas proletarias, en todos estos movimientos, fueron innumerables. Por las calles, por las plazas, en los talleres y en los campos, aun cuando los combates eran fáciles y victoriosos, los trabajadores y también algunos de nuestros organizadores caían ametrallados por la fuerza pública, como en Persiceto, y no raramente bajo los tiros de fusil de los mismos agrarios, como en el Piacentino.

Pero a los años de lucha por las conquistas proletarias, sucedieron los tristes y dolorosos de la ofensiva patronal, de la más terrible reacción que los trabajadores recuerden, y los años de servidumbre a que están condenados.

Es historia de ayer, de hoy todavía, ésta, que todos conocen detalladamente, y es superfluo volver a repetirla aquí.

Algunos consideran que el proletariado italiano no ha sabido resistir la furiosa reacción, que ha sido débil ante el arrollador huracán que se desencadenó

contra él. Y sin embargo este proletariado luchó, defendió palma a palma y con todos los medios sus posiciones. No es el caso de referir aquí los episodios trágicos en que refule el heroísmo de los irabajadores. De las Pullias al Piacentino, de Carrara a Sestri Ponente, de Valdarno a Parma, etc., hubo toda una serie interminable de fufosos combates en que los combatientes de ambos bandos cayeron por millares. Pero la fuerza está ahora del lado de la reacción que tiene consigo a la burguesía medrosa, las clases medias ilusionadas por el miraje de un dominio propio, las fuerzas armadas del Estado y, por consiguiente, el gobierno conquistado, o mejor, cedido también esta vez a un ex revolucionario.

El proletariado, al contrario, ya deprimido su espíritu por las traiciones sufridas, desarmado por una fracasada — porque no la quisieron los dirigentes confederales — acción general preventiva, echado al arroyo por la desocupación, tomado por la espalda, martirizado, es puesto en la absoluta imposibilidad de defenderse.

Son años de verdad, ero martirio éstos que la clase trabajadora de Italia atraviesa. Sin embargo todavía no se ha apagado el alma revolucionaria en las masas que esperan un mañana mejor, no ya tan lejano, a pesar del recrudecer de las violencias a causa del fracaso de la reacción.

Cincuenta años de luchas, desde los *Fasci Operai* de la primera Internacional de los Trabajadores al... fascismo imperialista actual. Medio siglo de historia proletaria, una columna de volúmenes escritos con sangre: de tentativas insurreccionales, de luchas para la elevación económica, social y moral de la clase, de luchas contra el hambre y la reacción, de batallas por las conquistas inmediatas, de conatos revolucionarios expropiados.

Victorias clamorosas y derrotas gloriosas. Traiciones ignominiosas y heroísmos sublimes. Debilidades de hombres y resistencia de masas. Escepticismo en algunos y entusiasta fe en otros en el triunfo final de la causa proletaria. Esta es la síntesis de cincuenta años de historia obrera revolucionaria en Italia.

Alabrando GIOVANNETTI  
Febrero de 1924.

Un tomo en 8.<sup>o</sup>, rústica... \$ 1.20  
Edición especial, papel pluma... 2.00  
... encuadernado en tela... 3.50

(A fin de evitar posibles extravíos, recomendamos a los compradores que a todo pedido que haya de enviarse por correo se acompañe el correspondiente importe para el certificado.)

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera — Pedidos a Perú 1587 — Buenos Aires



LA QUE TRIUNFA SIEMPRE...

# La caída del estado de sitio

Berlin, 28 de febrero, 1924.

Ya en mi artículo anterior he indicado que los días del estado militar de sitio estaban contados. El signo más claro de esto era la actitud de los partidos democrático-burgueses, que se declararon contra el mantenimiento ulterior del estado militar de sitio.

El 13 de febrero, el jefe del comando supremo del ejército, general Seeckt, dirigió una carta al presidente de la república entregando en manos del presidente socialdemócrata Ebert, de quien los recibí, los poderes extraordinarios. La abolición del estado de sitio debe por tanto tener lugar el 1.<sup>o</sup> de marzo.

Las causas por las cuales la camarilla militar cede su potencia y su omnipotencia aparentemente sin resistencia y sin colisiones, consiste en que los poderes dominantes del capitalismo han obtenido lo que deseaban. El estado de sitio en Alemania ha sido declarado para castigar la resistencia de la conciencia de clase del proletariado, a fin de que el capitalismo y el Estado estuviesen en situación de ejecutar sus operaciones antipopulares bajo la segura custodia de las bayonetas. Esto resalta también claramente de las palabras del general Seeckt, el cual dice:

"La autoridad del Estado está tan fortificada que el saneamiento de nuestra vida económica y estatal, iniciado con el estado de sitio, puede ser continuado sin éste".

Pero más claro aún es el presidente de la república, Ebert, que declara en su contestación al general Seeckt:

"Cuando en los años pasados la irritación de grandes partes del pueblo a causa de la opresión externa y de las dificultades internas de toda suerte amenazaba seriamente los órganos estatales y la existencia del Reich, ofreciendo desinteresadamente su persona, se ha hecho usted cargo de la difícil e ingrata tarea de restablecer la tranquilidad y la seguridad en el país, y con ello ha creado la base sobre la cual puede ser realizado el saneamiento económico y financiero nacional".

¿En qué consistieron las medidas adoptadas bajo la protección del estado militar de sitio? ¿Contra quién se dirigieron? ¿Consistieron en la prolongación de la jornada de trabajo, en el rebajamiento de los salarios de hambre, en la paralización de las fábricas y por tanto en la miseria de millones de los más pobres, en la reducción de los empleados del Estado y otras idénticas. Las medidas relativas al "saneamiento económico y financiero" se tomaron exclusivamente a costa de la población laboriosa. En tanto que se esquilma hasta el extremo al proletariado desposeído, se deja intactos a los junkers y a los caballeros de la industria a los especuladores de la guerra y a los saboteadores de la revolución.

La burguesía alemana ha obtenido su propósito mediante el estado militar de sitio, pudo realizar satisfactoriamente su encumbramiento, y justamente por medio de ese encumbramiento se dio la apariencia de una cierta generosidad y se aseguró buenas probabilidades para las próximas elecciones.

Pero el proletariado está en tierra. Las luchas por las ocho horas pueden decirse que han terminado. La huelga dura aún en la industria textil del bajo Rin, los trabajadores se defienden allí desesperadamente contra la introducción de una jornada más larga, pero la batalla principal está librada, y el proletariado la perdió gracias a la traición de los sindicatos reformistas centralistas.

Ojalá los camaradas del extranjero no se dejen confundir por la presencia de los jefes de los sindicatos centralistas alemanes en las conferencias internacionales. El presidente de la Allgemeinen Deutschen Gewerkschaftsbund (A. D. G. B.), sección de la Internacional de Am-

sterdam, defendió en una sesión del Bureau internacional del trabajo de Ginebra los ocho horas contra los representantes presentes de los capitalistas alemanes. Leipart dijo que "había también en Alemania otros caminos que el de la prolongación de la jornada para el aumento de la producción". Este Leipart es al mismo tiempo miembro del partido socialdemócrata, y en el órgano central del partido, en el *Vorwarts*, apareció el informe sobre el discurso de Leipart, pero en el mismo número, en un artículo de fondo, se podía leer la siguiente frase:

"Para la necesidad de la prolongación de la jornada de trabajo sólo puede alegrarse la triste situación económica de Alemania".

Los socialdemócratas y los sindicatos reformistas son realmente de opinión que la triste situación económica de Alemania hace necesaria una prolongación de la jornada de trabajo. El mismo punto de vista adoptan los capitalistas, y el gobierno y por ese motivo apoya el gobierno con sus ministros a los sindicatos reformistas. En una circular del ministro socialdemócrata Siering a los diversos Estados se lee, "que deben influir en los patronos, que tengan en cuenta, siempre que sea posible, a los sindicatos", pues "todos los movimientos, huelguistas y los desórdenes del último período han sido ocasionados o agudizados en su desenvolvimiento por el hecho de que la influencia de los sindicatos centralistas no existía en la medida conveniente".

Los sindicatos reformistas no sólo hicieron las delicias de la burguesía en las huelgas, y en la prolongación de la jornada de trabajo, se declararon por la famosa "labor obligatoria de los desocupados". En una sesión berlinesa se adoptó la resolución de que "no se podía declarar fundamentalmente contra un trabajo obligatorio. A lo sumo se podía desear que no fuese aplicada abusivamente dicha ordenanza".

Todos los fenómenos reaccionarios o casi todos en Alemania fueron posibles mediante la ayuda socialdemócrata y de los sindicatos reformistas. Que el espíritu director de los sindicatos reformistas ha contribuido a consolidar el capitalismo después del estallido de la revolución, nos lo ha dicho, Stinnes mismo. Dedicó uno de sus transatlánticos al trabajo de los salarios de hambre, en la paralización de las fábricas y por tanto en la miseria de millones de los más pobres, en la reducción de los empleados del Estado y otras idénticas. Las medidas relativas al "saneamiento económico y financiero" se tomaron exclusivamente a costa de la población laboriosa. En tanto que se esquilma hasta el extremo al proletariado desposeído, se deja intactos a los junkers y a los caballeros de la industria a los especuladores de la guerra y a los saboteadores de la revolución.

Por esa cooperación entre capitalistas y asociaciones obreras fué salvado el sistema capitalista. La extensión de esa cooperación en el dominio internacional, es la aspiración de la Internacional de Amsterdam.

La caída del estado militar de sitio no alivió la suerte de los obreros en el dominio económico. Aunque el proletariado reciba más libertad de movimiento en su actividad política, la miseria continuará subsistiendo. Las organizaciones giletas y prohibidas podrán emprender de nuevo su actividad pública, la prensa comunista reaparecerá, pero el mundo de los bancos de la escuela. Una neblina de color plomizo envuelve el local. En muchos trozos de mesa apenas si se perfilan las cabezas. Quizás esa fusión con el ambiente sea lo que hace más tolerable la tragedia. De uno de los rincones salen ronquidos que suenan como los quecos de los aldeanos bajo los portales de las ciudades gallegas.

arios" de la III Internacional dirigrán las energías del proletariado hacia los canales infructuosos del parlamentarismo. Hay que suponer con seguridad que los comunistas obtendrán en las próximas elecciones al Reichstag un elevado número de votos. Las elecciones a la dieta de Turingia y Mecklenburgo, las elecciones comunales en Sajonia, han demostrado ya la tendencia. Una tercera parte de los votos de la socialdemocracia corresponden a los comunistas. Pero la victoria electoral de los comunistas no significará de ningún modo una victoria del proletariado, menos aún la revolución social. Si el partido comunista recibe aproximadamente unos cincuenta puestos en el Reichstag, entonces será un partido respetable, pero su actitud en la lucha de clases será cada vez más oportunista. En el mejor de los casos se producirá una coalición, es decir, los comunistas entrarían a formar parte del gobierno. Pero a esto no se atreverán los jefes, pues entonces verían declinar rápidamente su estrella. Les pasaría lo que sucedió al partido socialdemócrata, cuyo electoralismo se transformó para el partido en una generación catastrófica.

Para no exponerse a ese peligro, el partido comunista adoptará las directivas de Zinoviev. Pero las directivas de Zinoviev fueron trazadas en Moscú, fuera de las fronteras de Alemania, menospreciando las condiciones efectivas. Todo el que conoce esas condiciones sabe que el ala derecha del partido comunista con Jader a la cabeza saben, que después de las algaradas Hitler-Ludendorff, la esperanza de apropiarse del poder mediante un motín militar sería una vana quimera. No le queda, pues, al partido, más que aprovechar la actividad parlamentaria en las elecciones y hacer oposición en el Reichstag. Esas son las perspectivas del partido comunista de Alemania en el futuro próximo.

Grandes masas del proletariado están descontentas con el partido socialdemócrata, pues este partido no ha satisfecho las esperanzas que las masas habían puesto en él. Ahora serán elegidos los comunistas. Pero después de uno o dos períodos legislativos les sucederá a los comunistas lo que sucede a lo socialdemócratas hoy. El resultado será la desaparición de la fe en el parlamentarismo. La caída del parlamentarismo no acontecerá en Alemania justamente en estos años, pero no está lejano. Después de la caída del parlamentarismo surgirá seguramente un nuevo movimiento obrero basado principalmente en la acción directa en el dominio económico y político. Por esa acción directa se hará proseguir su avance a la revolución social. Si en su tiempo hubiera triunfado el ala antiparlamentaria de la Liga Spartacus, le habrían sido ahorcados al proletariado alemán fatales ilusiones, y el camino de la revolución habría sido considerablemente más corto. La paralización de la revolución en Alemania fué obra de los oportunistas que existen en la clase obrera alemana y de la Internacional comunista.

AGUSTIN SOUCHY

## Los sibaritas

A centenares duermen las personas sobre las mesas de los cafetines. Es refugio muy agradable. Entretenen en uno. Se halla tan poco iluminado que apenas si permite ver el montón de hombres, mudres y niños apretujados sobre los bancos graietos y con la cabeza hundida en la almohada que forman los brazos al doblarse sobre el mármol de la mesa. Los cuerpos, como de talia, fundidos, entremezclados, a la manera del ramaje de un seto.

Hay en algunos actitudes evocadoras de los bancos de la escuela. Una neblina de color plomizo envuelve el local. En muchos trozos de mesa apenas si se perfilan las cabezas. Quizás esa fusión con el ambiente sea lo que hace más tolerable la tragedia. De uno de los rincones salen ronquidos que suenan como los quecos de los aldeanos bajo los portales de las ciudades gallegas.

# Luis Buchner

(Continuación)

En este libro de admirable vulgarización, el doctor Luis Buchner estableció una de las verdades más simples y las más grandes consecuencias, pero también, y quizás por esta razón, una de las que han sido más largo tiempo desconocidas: no hay fuerza sin materia, no hay materia sin fuerza. Como cosa, en sí, no son ni posibles ni convenientes. Lo que sabemos es que la fuerza constituye el aspecto dinámico de la materia, según la expresión de Lewes, y la materia el aspecto estático de la fuerza. De esta verdad tan simple se derivan tesis de una importancia extrema para el progreso de las ideas científicas: la inmortalidad de la materia y de la fuerza, la inmutabilidad y la universalidad de las leyes de la naturaleza, la imposibilidad de una inmortalidad personal, de una existencia personal después de la muerte.

Estas tesis materialistas de Buchner y sus consecuencias lógicas sobre el cerebro, el alma, el pensamiento, la conciencia, el libre arbitrio, la moral, Dios, fueron largo tiempo presentadas al mundo por los teólogos y los filósofos espiritualistas bajo colores más sombríos. Después de la reacción formidable que siguió a los años 1848 y 1849, era preciso una gran valentía y un espíritu bien templado para atreverse a levantar la voz, *robur et aces triplex circa peccatis*. La gran masa ignoraba todas las ciencias naturales y los sabios no se arriesgaban a hablar abiertamente, porque los resultados de la anatomía comparada, de la antropología, de la biología, los descubrimientos recientes de numerosos fósiles, estaban en extraña contradicción con el contenido fantástico de la Biblia y minaban por consecuencia las bases de la religión y sus dogmas. Para hacer salir a sus contemporáneos de la noche de las concepciones reaccionarias, para libertar a muchos de ellos del misticismo filosófico y teológico, eran necesarios hombres del temple de Buchner, valerosos y desinteresados como él. La reacción le atacó con un encarnizamiento inaudito, y para de molar al sabio no se vació en atacar al hombre privado. Durante largo tiempo, pasó por el hombre más odiado, como el más detestado de toda la Alemania, y los reaccionarios de las otras naciones hacían coro a los de su país. No se le ahorraron ni injurias, ni calumnias, ni denuncias. El hombre, se decía, no valía más que su obra. Se debió acabar sin embargo por hacer justicia al uno y a la otra. "Esta negación acentuada, dice Lange en su *Historia del Materialismo*, no es de ningún modo el producto de una inteligencia seca y puramente crítica: procede más bien de un entusiasmo fanático por el progreso de la humanidad, por la victoria de lo verdadero y de lo bello. Buchner nació idealista. Perteneció a una familia ricamente dotada desde el punto de vista poético. El mismo, comparable en esto a La Mettrie, se distinguió como alumno por sus estudios literarios, filosóficos, poéticos y por la brillantez de su estilo. Más serio y más sólido que La Mettrie, aplicó luego su talento rico y múltiple sea a las investigaciones científicas, sea a la vulgarización por la palabra y por los escritos de los resultados adquiridos en nuestros días por las ciencias físicas. En todo el curso de su actividad, no perdió nunca de vista las relaciones de sus estudios con los grandes problemas que la humanidad, en su marcha progresiva, tiene el deber de resolver".

—¡No, no abundan los gordos!  
Y el tendero ríe bondadosamente. Tiene tan buen corazón, que ni se enterará del dolor de los que recibe en su establecimiento. Corazón ciego. Se emborracha de tolerancia para con la vida. Sus bromas sueñan a zambombas. Si no hace caridades es por no estimarlas necesarias. Junto a las cafeteras, avara del calor de los mecheros de gas, una mujer, en cuyo regazo se agita tierna criaturita:  
—¡Nueve días tiene!  
Y el patrón nos asegura:  
—Antes de nueve meses vendrá otro.  
¡Buena concha! Pero se la muerden todos.

—¿De quién?  
—De cualquiera. Seguramente llegó tras alguno. No se anda con miramientos. Es caballo de buena boca.

Acaba riéndose de su gracia y al ver nuestra cara de pesadumbre se detiene como arrepentido. ¡Un hombre excelente!  
Sobre nuestro espíritu cansado alza sus gallardetes y sus arcos triunfales la admiración. Y entre la niebla de humo de aceite y de humo de tabaco, la figura de aquella esclava de la sensualidad, esclava hasta el martirio, pálida y sin encantos, adquiere proporciones de símbolo del deseo casto por el deseo mismo.

Madera de cortésana que las tormentas desgajaron del tronco quizá a destiempo. ¿Ingenua? ¿Enferma?

No es ni desvergonzada ni codiciosa. Ni pide dinero ni exige fidelidad. Ni siquiera apellido para los hijos. Sólo mendiga placer. Para el sustento gana ella vendiendo y aun a veces, por la época de las naránjas logra realquilar una habitación.

En el portal de frente al cafetín hay tumbado un viejo. La intensidad de la helada nos hace temer por su salud y le invitamos a entrar.

—Como hoy no tenía perras para tomar nada, entre irme a otro sitio, preferí este portal. Al menos ya me conocen en el cafetín y yo también les tengo ley.

Parece como si le temblara la voz. Acaso la alegría, el calorillo del Cazalla. ¿Y por qué no la ternura? El cafetín es ya algo de su alma. Su jardín sentimental. El ser vendedor de décimos le obliga a mostrarse cauteloso en la elección de los afectos.

CÉSAR JUARROS

El espectador político conoce la tónica del partidismo, como el empresario industrial y comercial conoce el mecanismo de una sociedad anónima o colectiva para obtener mayores provechos en un negocio dado. La táctica electoral es la parte que mejor conoce y maneja, porque es la que da votos, empleos y salarios. Elégit, es dar pan, vestir y alojar al candidato. Ganar un voto es, según esto, ganar su pan. Lo curioso de este género de mendicidad es que el mendigo va en coche, y si que le da la limosna viene blusa.

ALBERDI

El que expresa la verdad debe tener alas (en lugar de brazos, y Cirza-Schaffy dijo: El que niente debe recibir palos". En efecto, Luis Buchner, calumniado, vilipendiado, no tuvo jamás una cátedra universitaria y su título de profesor no fué más que una distinción puramente honorífica que le confirió, más tarde, la corte de Sajonia-Coburgo-Gotha. Ese estracismo le apenó mucho, no porque aspirase a gozar un gran papel — su modestia era tan grande como su ciencia —, sino porque estimaba que la alta enseñanza es una de las fuerzas vivas de una nación, que no basta elegir a un hombre capaz de ocupar una cátedra universitaria, sino que es preciso buscar el más capaz, y juzgaba con razón que en el dominio de las ciencias experimentales su opinión podía tener algún peso. No enseñó, pues, oficialmente, pero sin embargo, *Fuerza y Materia* no dejó de dar la vuelta al mundo. La obra fué traducida en trece idiomas, en inglés, en francés, en italiano, en polaco, en sueco, en danés, en armeniano, en rumano, etc., y todas estas traducciones tuvieron numerosos tirajes y millones de lectores. Muchos de sus otros libros, aunque no tuvieron la misma suerte, han sido traducidos igualmente en varios idiomas y difundidos en un gran número de ejemplares. Tal fué, entre otros, el caso de *Ciencia y naturaleza*, ensayos de filosofía y de ciencia natural, de sus *Conferencias sobre la teoría darwiniana de la transmutación de las especies y de la aparición del mundo orgánico*, de *El hombre según la ciencia, su pasado, su presente, su porvenir*, de la *Vida psíquica de los animales*, y de sus numerosas lecciones de la historia natural sobre la circulación de las fuerzas y el fin del mundo, sobre la filosofía de la generación, etc., etc.

Profundamente penetrado de esta verdad, Buchner cumplió valientemente su deber de apóstol del progreso y de las ideas nuevas en todas partes en que tuvo ocasión de ejercer su prestigiosa autoridad, en las numerosas obras que ha publicado, en las conferencias públicas que dió en Europa y en América, en las Asociaciones del libre pensamiento que fundó o dirigió y en los congresos del socialismo internacional, en cuyos trabajos tomó siempre felizmente parte. Pero semejante abnegación sobre todo en las tristes horas de la reacción, se pagan caramente. Las hogueras de la inquisición desaparecieron, pero todavía se castiga a los hombres por haber pensado libremente. Sus ideas, si no son las usuales, son frecuentemente para ellos el origen de mil persecuciones; los exponen a las más odiosas de persecutores hipócritas que no tienen el valor de ser francos inquisidores. El doctor Luis Buchner debió también experimentar lo que cuesta querer ser, y permanecer siéndolo, un hombre libre. Ha dicho él mismo, en una página llena de franqueza y de emoción contenida que puso como prólogo, de la duodécima edición alemana de su libro *La originalidad de Fuerza y Materia* no está en las investigaciones contenidas en el libro o en los materiales que han sido empleados y utilizados, en él, sino más bien en las deducciones o conclusiones que han sido derivadas y que parecieron a tantas personas tan nuevas y tan fabulosas que se entregaron por eso a las explosiones más violentas de su sentimiento ofendido. En verdad que el autor no descubrió una nueva estrella o un nuevo músculo, que no ha hecho danzar las nalgas de las ranas, que no hizo cálculos matemáticos, que no publicó análisis químicos ni descubrió una nueva especie de acarus; pero no por eso dejó de realizar en el dominio del espíritu un trabajo que, desde el punto de vista de su importancia general, deja muy atrás esas investigaciones de detalle, y que continuará ejerciendo su influencia, todavía en una época en que apenas se recuerdan ya esas investigaciones y sus autores... Como su ardor por las investigaciones y su pasión por la verdad eran más grandes que su amor a los beneficios personales, no sólo debió alejarse de su puesto de profesor, sino que le fué preciso, además, casi diariamente, soportar el peso de las sospechas, de los insultos y de las persecuciones de toda naturaleza. El que acusó a los partidarios y a los defensores del materialismo filosófico de entregarse también de ordinario al grosero materialismo de la vida, ese no tiene la menor idea de la fuerza idealista y estimuladora al mismo tiempo, ennoblecida por el amor a la verdad, fuerza que hace poco caso de todo lo demás cuando se trata de investigar la verdad y de combatir la mentira y la ignorancia. Pero cuando aquellos que sacrifican su existencia y el precio de esa existencia a una semejante aspiración ideal, recogen de ordinario de sus contemporáneos más rastrera calumnia que reconocimiento, más persecución que recompensa, más desdén que elevación, no les queda más que consolarse con las magníficas palabras del poeta:

El que ama la verdad, debe tener su caballo por la brida, el que piensa la verdad, debe tener el pie en el estribo.

el que expresa la verdad debe tener alas (en lugar de brazos, y Cirza-Schaffy dijo: El que niente debe recibir palos". En efecto, Luis Buchner, calumniado, vilipendiado, no tuvo jamás una cátedra universitaria y su título de profesor no fué más que una distinción puramente honorífica que le confirió, más tarde, la corte de Sajonia-Coburgo-Gotha. Ese estracismo le apenó mucho, no porque aspirase a gozar un gran papel — su modestia era tan grande como su ciencia —, sino porque estimaba que la alta enseñanza es una de las fuerzas vivas de una nación, que no basta elegir a un hombre capaz de ocupar una cátedra universitaria, sino que es preciso buscar el más capaz, y juzgaba con razón que en el dominio de las ciencias experimentales su opinión podía tener algún peso. No enseñó, pues, oficialmente, pero sin embargo, *Fuerza y Materia* no dejó de dar la vuelta al mundo. La obra fué traducida en trece idiomas, en inglés, en francés, en italiano, en polaco, en sueco, en danés, en armeniano, en rumano, etc., y todas estas traducciones tuvieron numerosos tirajes y millones de lectores. Muchos de sus otros libros, aunque no tuvieron la misma suerte, han sido traducidos igualmente en varios idiomas y difundidos en un gran número de ejemplares. Tal fué, entre otros, el caso de *Ciencia y naturaleza*, ensayos de filosofía y de ciencia natural, de sus *Conferencias sobre la teoría darwiniana de la transmutación de las especies y de la aparición del mundo orgánico*, de *El hombre según la ciencia, su pasado, su presente, su porvenir*, de la *Vida psíquica de los animales*, y de sus numerosas lecciones de la historia natural sobre la circulación de las fuerzas y el fin del mundo, sobre la filosofía de la generación, etc., etc.

Victor DAVE.

(Concluirá)

## Los prudentes

Ha dicho no sé quien que la exageración es insignificante. Cuando lo que se exagera es la prudencia, habrá que bajar algunos peldaños de la escala de los calificativos, para expresar bien una idea en la que entra algo de triste y mucho de grotesco.

La única virtud del hombre es el valor. Valor en los puños, en la lengua y debajo del cráneo. El valor de los instintos es la virilidad; el valor de las ideas es la sinceridad. Si llega a veces el valor a una audacia tan inútil como admirable, el valor útil se llama constancia; y la prudencia no es simpática sino bajo la forma de un valor lúcido y paciente que ve de lejos porque mira sin temblar.

RAFAEL BARRET

